

PRELUDIO

seguido de

LA CASA DE MUÑECAS

Katherine Mansfield

TRADUCCIÓN DE
ERNA VON DER WALDE

CIRCULACIÓN
libro al viento
LIBRE



Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Preludio
seguido de
La casa de muñecas

Katherine Mansfield

Traducción de
Erna von der Walde
Ganadora de la Beca Nacional
de Traducción – Inglés, Idartes 2016

Primera edición: Bogotá, febrero de 2017
Imágenes: carátula: Katherine Mansfield, Nueva Zelanda, ca. 1910, foto de Topical Press Agency/Getty Images; ilustraciones tomadas de ClipArt etc, http://etc.usf.edu

Antonio García Ángel, Editor
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
eLibros Editorial, producción eBook
978-958-8898-92-6, ISBN (impreso)
978-958-8898-93-3, ISBN (digital)

Gerencia de Literatura Idartes
Calle 8 n.° 8-52
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento Gerencia Literatura Idartes @Libro_Al_Viento

Traducción de «Preludio» y «La casa de muñecas»
Erna vor der Walde, Beca Nacional de Traducción - Inglés 2016
Resolución 545 de 2016 «Por medio de la cual se acoge la recomendación del jurado designado para seleccionar los ganadores del concurso Beca Nacional de Traducción, de la Convocatoria de Literatura, Programa Distrital de Estímulos 2016, y se ordena el desembolso del estímulo económico a los seleccionados como ganadores».

Jurados Beca Nacional de Traducción - Inglés 2016
Mediante la Resolución 289 del 1 de abril de 2016 se designaron como jurados del concurso Beca Nacional de Traducción - Inglés a Juan Manuel Pombo Abondano, Jeannette Insignares Melo y Antonio Joaquín García Ángel.

CONTENIDO



Katherine Mansfield, ca. 1917.

KATHERINE MANSFIELD

KATHLEEN MANSFIELD BEAUCHAMP nació el 14 de octubre de 1888 en la Tinakori Road de Wellington, Nueva Zelanda, que a la sazón era una pequeña capital colonial de unos 20 mil habitantes, en el hogar de Harold Beauchamp y Annie Burnell Dyer. Kathleen era la tercera de cinco hermanas y un hermano menor, Leslie, favorito de su padre y de la futura escritora, quien moriría trágicamente a los 21 años por la explosión accidental de una granada durante los entrenamientos para ir a pelear en la Segunda Guerra Mundial.

Con la excepción de una prima llamada Elizabeth von Armin, que escribió un *best seller* romántico titulado *Elizabeth y su jardín alemán*, en la familia Beauchamp prevalecían los intereses mercantiles. Harold, típico hombre colonial, se enorgullecía de su rápido ascenso económico. Había abandonado el colegio a los 14 años para trabajar en el negocio de su padre, para luego pasar a una firma exportadora de la que pronto fue socio. En 1907 fue nombrado presidente del Banco de Nueva Zelanda. Era un respetado miembro de la provinciana comunidad de Wellington.

A los 12 años ya Kathleen había escogido su *nome de plume* y cosechado suficientes problemas en el colegio. A la par que su temprano talento para la escritura se manifestó su rebeldía. Era demasiado turbulenta, problemática y desafiante para el entorno donde vivía, pero en 1903 llegó su primera oportunidad para escapar del limitado y asfixiante ambiente wellingtoniano. Su padre aceptó que ella y sus dos hermanas mayores, acompañadas por su tía Belle Dyer, viajaran a Londres para estudiar en el Queens College. Ello significó el comienzo de su independencia intelectual, aunque no sentimental, de su país de origen, al que volvería una y otra vez en su literatura. El Queens College al principio, y luego Europa en general, proveería a Katherine del alimento que su espíritu libre e inquieto necesitaba. Sus profesores tenían la disposición y la habilidad para enseñar al reducido número de alumnas las teorías artísticas de Walter Pater, las

obras de Tolstoi e Ibsen y la poesía decadentista de finales del siglo XIX. La joven escritora desarrolló una intensa admiración por Óscar Wilde. Publicó sus primeros cinco relatos entre 1903 y 1905.

Para entonces, Katherine ya había conocido el amor. En Nueva Zelanda, mientras completaba sus estudios secundarios, se había enamorado de una compañera maorí llamada Maata Mahakupu, que al parecer toleraba su amistad pero no le correspondía. Al regreso de Londres se había envuelto en otro amor lésbico con Edie K. Bendall, una mujer mayor que ella. Su padre, después de muchos ruegos y quizá sabiendo que tenerla en Wellington iba a ser una fuente de problemas, aceptó que Katherine regresara a Londres, donde se reencontró con los gemelos Trowell, quienes habían cursado con ella clases de música en Wellington y estaban completando en Inglaterra sus estudios musicales. En 1908 trató de conquistar por medio de cartas y en persona a Arnold Trowell, quien como ella era chelista, pero ante el inequívoco rechazo transfirió su deseo a Garnet Trowell, que tocaba el violín y la dejó embarazada en 1909. Thomas Trowell, el padre de los gemelos, no vaciló en presionar a su hijo para que la abandonara.

Angustiada por la necesidad de un padre para el hijo en su vientre, se casó con un cantante profesional once años mayor llamado George Bowden, al que abandonó el mismo día de la boda para ir en busca de Garnet y recibir el rechazo final, definitivo. Al enterarse de las andanzas de Katherine, su madre zarpa hacia Londres y se la lleva a un spa en los Álpes Bávaros.

Durante el embarazo se manifestaron los primeros signos de tuberculosis, enfermedad que terminaría por llevarla a la muerte. Katherine tuvo un parto prematuro y el niño nació muerto. Tras ello se quedó en Alemania por un tiempo y se enredó en una serie de aventuras amorosas, una de ellas con un crítico polaco de nombre Floryan Sobienowski, otra con un periodista austríaco identificado en su diario apenas con las iniciales V.S.

Regresó a Londres en enero de 1910, a los brazos del paciente Bowden. Trataron de vivir como marido y mujer durante dos meses, al cabo de los cuales Katherine lo volvió a abandonar, esta vez, para siempre, sin molestarse siquiera en solicitar el divorcio. Fueron tiempos difíciles: terminó embarazada de un tal Francis Heinemann, quien probablemente nunca se enteró de ello, pues ella se hizo practicar un aborto. Esto marcó el comienzo de su deterioro físico. Vino una operación de peritonitis a causa

de un gonococo adquirido con anterioridad; sufrió su primer ataque de «pleuresía», como se creyó entonces, lo que visto en retrospectiva parece ser una crisis de tuberculosis. Empezó a sufrir de reumatismo y fallas cardíacas que la acompañaron por el resto de su vida y que la hicieron peregrinar de una cura a otra, desde los montañosos sanatorios de Suiza hasta los cálidos climas de Provenza y el sur de Italia.

Después de un nuevo *affaire* con un hombre identificado en el diario como «*the man*», Katherine abandona su racha de relaciones impulsivas y triviales. En 1912 empieza a vivir con John Middleton Murry, que sería primero su amante y luego su esposo, mentor, confidente, editor, promotor y eventual biógrafo. Murry tenía una revista literaria, *Rhythm*, en la que Katherine entró como coeditora. Llegaron hasta el número 14 e hicieron tres ediciones más bajo el nombre *Blue Review*, y en ella participaron D. H. Lawrence, H. G. Wells, Hugh Walpole, T. S. Eliot y la misma Katherine Mansfield. A medida que flaqueaba su salud, sus relatos se hacían más sutiles, mejor elaborados, más densos en significación y tersos en la escritura. Los publican en diferentes revistas y se editan en forma de libros. Se gana la admiración del grupo de Bloomsbury, entre ellos Virginia Woolf, quien sostuvo con ella una tensa amistad marcada por la admiración y los celos profesionales.

En 1919 a Murry lo nombran editor de la revista *Athenaeum*, en la que Katherine se ocupó de la crítica de ficción. Al tiempo que produjo sus reseñas continuó escribiendo relatos. Para 1920 ya uno de sus pulmones estaba destruido, pero Katherine seguía buscando una cura para su enfermedad y escribiendo frenéticamente; era tal su afán de arañarle páginas a la muerte, que escribió el cuento *Taking the veil* en tres horas, el 24 de enero de 1922. El 7 de julio terminó *El canario*, su último cuento completo. El 14 de agosto hizo su testamento.

A partir de ese momento, Katherine se aferró a la esperanza de encontrar un tratamiento milagroso. Por sugerencia de su viejo amigo Alfred Richard Orage, editor de la revista *New Age* y quien había publicado dieciséis cuentos suyos a partir de 1910, empezó a investigar sobre el Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre, un centro de sanación fundado por George Ivánovich Gurdjieff, maestro espiritual y gurú armenio cuyas doctrinas ofrecían una alternativa a la medicina tradicional. La última decisión desesperada de Katherine fue mudarse al Instituto, que estaba en

un antiguo convento carmelita en el bosque de Fontaneibleau, Francia, donde murió el jueves 9 de enero de 1923.

***

Preludio, publicado en 1918 por Hogarth Press, la editorial de Leonard y Virginia Woolf, luego incluido en la colección de 1920 titulada *Bliss*, significó un cambio en el estilo de Katherine Mansfield motivado por la lectura de Chéjov, autor que fue una gran influencia y de quien tradujo sus cartas. Se trata del primero de una serie de relatos cuya acción transcurre en Nueva Zelanda y se centra en la familia Burnell, versión literaria de su propia familia y de sus experiencias infantiles en Wellington.

Fue escrito durante una estadía en Bandol, sur de Francia, en los meses que siguieron a la muerte de su hermano Leslie. El impulso de reconstruir en la ficción el país y las personas que ella y su hermano conocieron también pudo significar un intento de recobrar la permanencia y seguridad que había repudiado y que luego no había podido lograr en la vida real.

Es literalmente un *preludio*: el lector tiene todo el tiempo la sensación de que cualquier cosa terrible o dramática va a suceder. Katherine Mansfield siembra las tensiones aquí y allá, sugiere la turbulencia de un mundo interior que marca a cada uno de los personajes y las relaciones entre ellos, en un juego de ambigüedades y simbologías que se superponen.

La casa de muñecas (1920), por su parte, muestra las diferencias sociales, la discriminación imperante en esa sociedad cerrada, conservadora y clasista. Un relato conmovedor en el que, al tiempo, se dan nuevas pinceladas a los personajes de la familia Burnell.

Nos alegra, en este Libro al Viento 120, traerles a una de las cuentistas más complejas, interesantes y sugerentes de la literatura universal, en la impecable traducción de Erna von der Walde.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

BIBLIOGRAFÍA

MANSFIELD, Katherine, *Diarios*, Debolsillo, Barcelona, 2009.

MANSFIELD, Katherine, *New Zealand Stories*, selected and introduced by Vincent O'Sullivan, Oxford University Press, N.Y., 1998.

MANSFIELD, Katherine, *The Collected Stories of Katherine Mans-field*, with an introduction by Ali Smith, Penguin Books, Ontario, 2007.

MANSFIELD, Katherine, *Un viaje imprudente*, traducción y prólogo de Delia Pasini, Lozada, Buenos Aires, 2005.

NATHAN, Rhoda B. (comp.) *Critical Essays on Katherine Mansfield*, Macmillan, N.Y, 1993.

Preludio

Katherine Mansfield





I

En el coche no quedaba ni un milímetro para Lottie y Kezia. Cuando Pat las encaramó encima del equipaje, tambaleaban. El regazo de la abuela ya estaba ocupado y Linda Burnell no habría podido sostener el bulto de una niña en el suyo durante un trayecto de esos. Isabel, con muchos aires de superioridad, estaba sentada al lado del nuevo criado, que ocupaba el asiento del cochero. En el piso se apilaban bolsas, maletas y cajas.

—Estas cosas son absolutamente necesarias y no las quiero perder de vista ni por un instante –dijo Linda Burnell, con voz temblorosa por el cansancio y la emoción.

Lottie y Kezia esperaban en el pedazo de césped justo detrás del portal, ya listas para partir, vistiendo sus abrigos con botones de ancla metálicos y sus gorras marineras con cintas de acorazados. Tomadas de la mano, miraban con redondos ojos solemnes, primero esas cosas absolutamente necesarias y luego a su madre.

—Habrá, sencillamente, que dejarlas. No hay más remedio. Tendremos que abandonarlas –dijo Linda Burnell.

Una extraña risita se escapó de sus labios; se recostó contra los acolchados cojines de cuero y cerró los ojos; la risa había dejado un leve temblor en los labios. Por fortuna, en ese instante, la señora Samuel Josephs, que había estado observando la escena desde detrás de la persiana de la sala de su casa, se aproximaba bamboleándose por el sendero del jardín.

—¿Por qué no me deja las niñas esta tarde, señora Burnell? Pueden irse en la carreta con el hombre de la mudanza, cuando baje en la nochecita. Todo lo que está en el sendero se va también, ¿verdad? –dijo con voz nasal por el resfriado.

—Sí. Hay que llevar todo lo que está afuera –dijo Linda Burnell, agitando su blanca mano en dirección de las mesas y las sillas dispuestas patas arriba sobre el césped en el antejardín de la casa.

¡Cómo se veían de absurdas! Deberían ponerlas patas abajo, o de lo contrario sería preciso que Lottie y Kezia también estuvieran paradas en la

cabeza. Linda tenía ganas de decirles: «Párense de cabeza, niñas, y esperen a que llegue el hombre de la mudanza». Esto le parecía tan gracioso que no podía prestarle atención a lo que decía la señora Samuel Josephs.

El obeso y rechinante cuerpo se asomó por el portal y la enorme cara gelatinosa sonrió.

—No se preocupe, señora Burnell. Lottie y Kezia podrán tomar la merienda con mis hijos en el cuarto de juegos de los niños, y me aseguraré de que se vayan en la carreta de la mudanza.

La abuela reflexionó:

—Sí, en realidad, es el mejor plan; se lo agradecemos mucho, señora Samuel Josephs. Niñas, den las gracias a la señora Samuel Josephs.

Un doble piar tenue:

—Muchas gracias, señora Samuel Josephs.

—A portarse como buenas niñas y... acérquense –ellas se acercaron–. No olviden pedirle a la señora Samuel Josephs cuando tengan que ir...

—No, abuela.

—No se preocupe usted, señora Burnell.

En el último instante, Kezia soltó la mano de Lottie y corrió hacia el coche.

—Quiero darle otro beso de despedida a la abuela.

Pero ya era demasiado tarde. El coche había arrancado y avanzaba calle arriba. Isabel iba henchida de orgullo, arrojando una mirada desdeñosa al mundo entero; Linda Burnell estaba agotada y la abuela escarbaba entre el curioso conjunto de objetos que había metido a último momento en su bolso de seda negra buscando algo para darle a su hija. El coche se desvaneció por entre los reflejos del sol y el fino polvo dorado en lo alto de la cuesta y más allá. Kezia se mordió el labio, pero Lottie, tras haber ubicado cautelosamente su pañuelo, comenzó a lanzar gemidos.

—¡Mamá, abuela!

La señora Samuel Josephs la envolvió como una enorme y caliente cubretetera de seda negra.

—Ya, ya, mi niña. Tienes que ser valiente. Ven a jugar en el cuarto de juegos de los niños.

Puso su brazo alrededor de la lloriqueante Lottie y se la llevó. Kezia las siguió mientras hacía una mueca de reproche a la abotonadura de la señora Samuel Josephs, desabrochada, como siempre, dejando asomar dos largos lazos rosa del corsé...

Lottie se fue calmando a medida que subía la escalera, pero el aspecto que tenía cuando llegó a la puerta del cuarto de juegos de los niños, con los ojos hinchados y la nariz como un globo, les hizo mucha gracia a los pequeños Samuel Josephs, sentados en dos bancos ante una larga mesa recubierta de hule y servida con grandes platos llenos de pan y manteca y dos jarras color marrón que humeaban levemente.

—¡Ja! ¡Estabas llorando!

—¡Jo, jo! ¡Tienes los ojos hundidos!

—¡Mira cómo se le ve de chistosa la nariz!

—¡Estás colorada y a parches!

Lottie resultó todo un éxito. Se dio cuenta de ello y se infló un poco, mientras sonreía tímidamente.

—Siéntate al lado de Zaidee, chiquita –dijo la señora Samuel Josephs– y tú, Kezia, siéntate al extremo de la mesa con Moses.

Moses se rio maliciosamente y la pellizcó al sentarse, pero ella pretendió no haberse dado cuenta. Detestaba a los niños.

—¿Qué prefieres? –preguntó Stanley, inclinado sobre la mesa, muy amable y sonriente–. ¿Por dónde quieres empezar, por las fresas con crema o por el pan con manteca?

—Fresas con crema, por favor –contestó Lottie.

—¡Ja ja ja!

Cómo se reían todos, golpeando la mesa con sus cucharitas. ¡Cómo cayó en la trampa! ¡Cómo cayó! ¡Cómo se la tendió! ¡Qué habilidad la de Stan!

—Mamá. ¡Creyó que era verdad!

Incluso la señora Samuel Josephs, que estaba vertiendo el agua y la leche, no pudo contener una sonrisa.

—No hay que hacerles bromas en su último día –dijo con respiración sibilante.

Kezia mordió un enorme bocado de su pan con manteca y lo puso sobre su plato. Con el pedazo que le había quitado, el pan ahora parecía formar una especie de portal en miniatura. ¡Uf! ¡Todo esto le daba igual! Una lágrima se deslizaba por su mejilla, pero no estaba llorando. No hubiera podido llorar delante de los horribles niños Samuel Josephs. Sentada, con la cabeza baja, mientras la lágrima rodaba delicadamente, la engulló con un diestro lengüetazo, y se la bebió antes de que nadie la notara.

II

Después de la comida, Kezia se dirigió hacia la que había sido su casa. Subió lentamente por la escalera de servicio, atravesó el fregadero y entró en la cocina. Sólo quedaba un pedazo de arenoso jabón amarillo en un rincón del alféizar de la ventana y un pedazo de franela manchado y una bolsa azul en el otro. En la chimenea había una enorme pila repleta de basura. Kezia la reburujó, pero no encontró más que un pomo para guardar el cabello con un corazón pintado encima, que había pertenecido a la criada. También dejó ese objeto y comenzó a deslizarse por el estrecho pasillo hacia el salón. Habían bajado la persiana, pero no por completo. Se filtraban largos rayos de sol y la sombra ondulante de un arbusto afuera de la ventana bailaba sobre las franjas doradas. El arbusto estaba unas veces quieto, otras se agitaba nuevamente, y ahora le llegaba casi hasta los pies. ¡Zumm...! ¡Zumm...! Una mosca azul chocó contra el techo; en los clavos de la alfombra se habían quedado pegados pedacitos de pelusa roja.

La ventana del comedor tenía un vidrio cuadrado de color en cada ángulo. Uno era azul y otro era amarillo. Kezia se agachó para ver una vez más el césped azul y los cartuchos azules que crecían junto al portal, y luego el césped amarillo y los cartuchos amarillos ante una cerca amarilla. Mientras ella miraba, una pequeña Lottie chinesca avanzó sobre el césped y se puso a secar las mesas y las sillas con la punta de su delantal. ¿Era realmente Lottie? Kezia no estuvo segura del todo hasta que la vio a través del vidrio corriente.

Arriba, en la habitación de su padre y su madre, encontró un pastillero, negro y brillante por fuera y rojo por dentro, que contenía un copo de algodón.

—Aquí podría guardar un huevo de pájaro –decidió.

En la habitación de la criada, un botón de corsé se había quedado atrapado en una ranura del piso, y en otra ranura había unas cuentas de collar y una larga aguja. Kezia sabía que no había nada en la habitación de su abuela; la había visto empacar. Fue hacia la ventana y se apoyó contra ella con las manos en el cristal.

A Kezia le gustaba pararse ante la ventana. Le gustaba la sensación del vidrio frío y brillante contra sus palmas calientes y le gustaba también mirar cómo las yemas de sus dedos se tornaban blancas al apretarlas contra el cristal. Estaba ahí cuando se desvaneció el día y sobrevino la oscuridad. Con la caída de la noche, se coló sigilosamente el viento rugiendo y gimiendo. Las ventanas de la casa vacía temblaron y de los muros y los

pisos salió un sonido crujiente, mientras un trozo de hierro que se había desprendido del tejado golpeaba desesperadamente. De repente, Kezia se quedó muy, muy quieta, con los ojos muy abiertos y las rodillas apretadas. Tenía miedo. Quería llamar el nombre de Lottie y seguir llamándolo a lo largo de todo el trecho de la escalera y hasta salir de la casa. Pero la COSA estaba justamente detrás de ella, esperando en la puerta, en lo alto de la escalera, en la parte baja de la escalera, escondiéndose en el corredor, presta a salir corriendo por la puerta de servicio. Pero Lottie estaba también en la puerta de servicio.

—¡Kezia! –gritaba alegremente–. ¡Llegó el hombre de la mudanza! ¡Ya todo está en la carreta con tres caballos, Kezia! La señora Samuel Joseph nos ha dado un gran pañolón para arroparnos y ha dicho que te abroches el abrigo. Ella no saldrá porque tiene asma.

Lottie se sentía muy importante.

—¡Vamos, niñas! –gritó el carretero.

Hundió sus gruesos pulgares bajo los brazos de las niñas y las levantó. Lottie se arregló «bellamente» el pañolón y el carretero les arropó los pies con una vieja manta.

—Levanten los piecitos. Así, con calma.

Era como si fueran un par de ponys. El carretero pasó la mano por las cuerdas que sostenían la carga, desenganchó el freno de la rueda y de un salto quedó sentado al lado de las niñas.

—¡Quédate cerca de mí! –dijo Lottie–, porque si no, vas a halar la manta hacia tu lado, Kezia!

Pero Kezia se le arrimaba al carretero. Él la sobrepasaba, alto como un gigante, y olía a nueces y a cajas nuevas de madera.

III

Era la primera vez que Lottie y Kezia habían estado por fuera hasta tan tarde. Todo se veía distinto: las casas de madera pintadas se veían más pequeñas que durante el día, los jardines se veían más grandes y más silvestres. El cielo estaba salpicado de estrellas radiantes y la luna colgaba sobre el puerto, tiñendo las olas de dorado. Podían ver el faro brillando en la Isla Cuarentena y las luces verdes de los viejos botes carboneros.

—Ahí viene el barco desde Picton –dijo el carretero, señalando un pequeño vapor todo adornado con cuentas brillantes.

Pero cuando llegaron a la cima de la loma y comenzaron a descender hacia el otro lado, el puerto desapareció de vista, y aun cuando seguían andando por la ciudad se sentían bastante perdidas. Se cruzaron con otras carretas traqueteantes. Todos conocían al carretero.

—¡Buenas, Fred!

—¡Bueeenas! –les gritaba.

A Kezia le encantaba oírlo. Apenas aparecía una carroza en la distancia levantaba la cabeza y esperaba oír su voz. Era un viejo amigo de la familia y Kezia había ido en varias ocasiones a su casa con la abuela a comprar uvas. El carretero vivía solo en una cabaña que tenía a un costado un invernadero construido por él mismo. El arco del invernadero estaba cubierto con una hermosa vid. Fred tomó la canasta que ella llevaba y la revistió con tres hojas grandes; luego buscó a tientas en su cinturón un cuchillo con mango de cuerno, estiró la mano y arrancó un enorme racimo azul y lo colocó con tanta ternura que Kezia contuvo el aliento para observarlo. Era un hombre grande. Vestía un pantalón de terciopelo marrón y tenía una larga barba de color castaño. Pero nunca usaba cuello, ni siquiera los domingos. Tenía la nuca quemada en un color rojo intenso.

—¿Dónde estamos ahora?

Cada tantos minutos, una de las niñas le hacía esa pregunta.

—Pues esta es Hawk Street o Charlotte Crescent.

—Por supuesto que es –Lottie prestó atención cuando oyó ese último nombre; siempre le había parecido que Charlotte Crescent le pertenecía especialmente. Pocas personas podían preciarse de que una calle tuviera el mismo nombre que ellas.

—¡Mira, Kezia! Ahí está Charlotte Crescent. ¿No te parece que se ve muy distinta?

Ahora iba quedando atrás todo lo conocido. Ahora la carreta avanzaba traqueteando hacia parajes desconocidos, por caminos con orillas de greda elevadas a cada lado, loma arriba y loma abajo hacia valles con una vegetación lujuriosa, a través de anchos ríos de poca profundidad. Avanzaban y avanzaban. Lottie cabeceaba, se escurría, medio se deslizó hacia el regazo de Kezia y ahí se quedó. En cambio, Kezia no podía haber tenido los ojos más abiertos. Soplaba el viento y tembló, pero sus mejillas y orejas estaban candentes.

—¿Las estrellas se apagan alguna vez? –preguntó.

—No que yo se sepa –dijo el carretero.

—Tenemos un tío y una tía que viven cerca de la casa nueva –dijo Kezia–. Tienen dos niños; el mayor se llama Pip y el más pequeño se llama Rags. Tiene un carnero. Tiene que alimentarlo con una tetera *desmalte* y tapar el pico con un guante. Nos va a mostrar cómo lo hace. ¿Qué diferencia hay entre un carnero y un ovejo?

—Pues el carnero tiene cuernos y te persigue.

Kezia se quedó pensando.

—No es que tenga unas ganas locas de verlo –dijo–. Detesto los animales que embisten y los loros. Me sueño con frecuencia con animales que me embisten –incluso camellos– y mientras corren se les hinchan las cabezas una eeeenooormidad.

El carretero no dijo nada. Kezia lo miraba, entornando los ojos. Y entonces estiró la mano y acaricio su manga; se sentía peluda.

—¿Estamos cerca? –preguntó.

—Ya no falta mucho –respondió el carretero–. ¿Estás cansada?

—Pues no tengo ni una gota de sueño –dijo Kezia–. Pero se me cierran los ojos de una manera muy rara.

Suspiró largo y profundo y para evitar que se le entornaran los ojos, los cerró... Cuando los abrió nuevamente, la carreta avanzaba chirriando por una calzada que dividía el jardín como un latigazo que daba una súbita vuelta alrededor de una isla de verdor y detrás de la isla, pero fuera de vista hasta que uno llegaba a ella, se encontraba la casa. Era una construcción larga y baja, con una veranda y un balcón con pilares todo alrededor. Su suave masa blanca se extendía sobre el verde jardín como una bestia adormecida. Y ahora se veía una y luego otra de las ventanas encendida. Alguien estaba caminando por las habitaciones vacías con una lámpara en la mano. Por la ventana iluminada en la planta baja se veía el destello del fuego. Una emoción extraña y bella parecía emanar de la casa en temblorosas ondulaciones.

—¿Dónde estamos? –preguntó Lottie. Su gorra se había ladeado completamente y en la mejilla tenía la impresión de un botón de ancla contra el cual se había recostado cuando se quedó dormida. El carretero la alzó con delicadeza, le enderezó la gorra y le ajustó la ropa que se había arrugado. Lottie estaba en el escalón más bajo de la veranda y contemplaba parpadeante cómo Kezia parecía llegar volando por los aires para aterrizar en sus pies.

—¡Ohhh! –dijo Kezia, con los brazos en alto. La abuela salió del oscuro corredor cargando una pequeña lámpara. Sonreía.

—¿Encontraron el camino en la oscuridad? –dijo.

—Perfectamente.

Pero Lottie se tambaleaba en el escalón inferior de la veranda como un pajarito que se ha caído del nido. Si se quedaba quieta por un instante, se quedaba dormida; si se recostaba contra algo, se le cerraban los ojos. No podía caminar un paso más.

—Kezia –dijo la abuela–, ¿te puedes hacer cargo de la lámpara?

—Sí, abuelita.

La anciana se inclinó y le entregó en sus manos el objeto brillante y luego levantó a la sonámbula Lottie.

—Por aquí.

Entraron por un vestíbulo cuadrado lleno de fardos y cientos de loros (aunque los loros estaban solo en el papel de colgadura) hacia un pasaje estrecho en el que los loros insistían en pasar volando por donde iba Kezia con la lámpara.

—Calladita, muy calladita –advirtió la abuela, depositando a Lottie y abriendo la puerta del comedor–. Tu pobre mamá tiene un terrible dolor de cabeza.

Linda Burnell, en una reposera de mimbre, con los pies en un puf y una manta de lana sobre las rodillas, estaba recostada delante de la hoguera chisporroteante. Burnell y Beryl estaban sentados a la mesa en el centro de la habitación comiendo un plato de chuletas fritas y tomando el té servido en la tetera china de color de marrón. Isabel se inclinaba sobre la silla en la que reposaba su madre. Tenía una peinilla entre los dedos y con gentil dedicación peinaba los bucles de la frente de su madre. Salvo el círculo de luz que dejaba la lámpara y el fuego de la hoguera, el salón estaba a oscuras, desnudo, hasta el fondo donde estaban las ventanas.

—¿Llegaron las niñas?

Pero a Linda realmente no le importaba; ni siquiera abrió los ojos para mirar.

—Coloca esa lámpara en alguna parte, Kezia –dijo la tía Beryl–, o se va a incendiar la casa antes de que hayamos desempacado las cajas de la mudanza. ¿Más té, Stanley?

—Pues me podrías servir un poquito más de media taza –dijo Burnell inclinándose sobre la mesa–. Cómete otra chuleta, Beryl. Muy buena carne,

¿no te parece? No demasiado magra ni demasiado gorda.

Se dio vuelta para dirigirse a su esposa:

—¿Estás segura de que no vas a cambiar de parecer, Linda querida?

—Con solo pensarlo me basta.

Levantó una ceja en una forma que le era muy propia. La abuela les trajo a las niñas pan y leche y ellas se sentaron a la mesa, sonrojadas y somnolientas ante el vapor ondulante.

—Yo comí carne para la cena –dijo Isabel, mientras seguía peinando suavemente–. Me comí una chuleta entera para la cena, el hueso y todo con salsa Worcester. ¿No es cierto, papá?

—Ay, no te jactes, Isabel –dijo la tía Beryl.

Isabel puso cara de sorpresa.

—No me estaba jactando, ¿verdad, mami? Nunca se me ocurrió jactarme, solo pensé que ellas querrían saber. Solo quería contarles.

—Muy bien. Ya basta –dijo Burnell. Retiró su plato, sacó un palillo del bolsillo y comenzó a limpiarse sus fuertes dientes blancos.

—Te encargas de que Fred reciba alguna cosa de comer en la cocina antes de que se vaya, ¿verdad, mamá?

—Sí, Stanley.

Y la anciana se dio media vuelta para salir.

—Espera un momentico, por favor. Supongo que nadie sabe dónde quedaron mis pantuflas. Me imagino que no podré tenerlas antes de un mes o dos ¿no?

—Sí –se oyó la voz de Linda–. Encima de la tula de lona que está marcada con «necesidades urgentes».

—Bien, ¿entonces me las traes, por favor, mamá?

—Sí, Stanley.

Burnell se puso de pie, estiró su cuerpo y se acercó al fuego; le volteó la espalda y levantó los faldones de su chaqueta.

—¡Por Dios santísimo, parece que nos metimos en algo grande, ¿no Beryl?

Beryl, con los codos sobre la mesa, bebía su té a sorbitos. Le sonrió por encima de la taza. Tenía puesto un delantal rosado que nadie le había visto antes, llevaba las mangas de la blusa arremangadas hasta los hombros mostrando sus hermosos brazos pecosos y llevaba el pelo en una larga trenza que se deslizaba por su espalda.

—¿Cuánto crees que va a tomar arreglar todo esto? Unas dos semanas, ¿no? –bromeó.

—No, por Dios –dijo Beryl airosamente–. Lo peor ya casi que ha pasado. La criada y yo hemos trabajado como esclavas todo el día y mamá también ha trabajado como un caballo desde que llegó. No hemos tenido un minuto de reposo. ¡Qué día el que hemos tenido!

Stanley percibió un cierto reproche.

—Bueno, no estarías esperando que me escapara de la oficina para venir a clavar alfombras, ¿verdad?

—Por supuesto que no –se rio Beryl. Dejó su taza en la mesa y salió precipitadamente del comedor.

—¿Qué demonios espera que hagamos? –preguntó Stanley–. ¿Que ella se quede sentada abanicándose con una hoja de palmera mientras yo traigo un equipo de profesionales para que hagan todo el trabajo? Por Dios, si no es capaz de echar una mano de vez en cuando sin protestar a cambio de...

Y su ánimo se fue ensombreciendo a medida que las chuletas combatían con el té en su delicado estómago. Linda levantó una mano y lo atrajo hacia su lado en la reposera.

—Es un mal momento para ti, querido –dijo ella. Sus mejillas estaban pálidas, pero sonrió y hundió sus dedos en la gruesa mano roja que sostenía en la suya. Burnell se calmó. De pronto comenzó a silbar la tonada de «Pura como un lirio, alegre y altiva»... Buena señal.

—¿Crees que te va a gustar? –preguntó él.

—No quisiera contártelo, pero creo que debo hacerlo, mamá –dijo Isabela–. Kezia está tomando té de la taza de la tía Beryl.

IV

La abuela se llevó a las niñas a acostar. Subió delante de ellas con una vela. La escalera resonaba bajo sus pasos. Isabel y Lottie compartían un cuarto; Kezia se acurrucó en el lecho blando de su abuela.

—¿No vamos a tener sábanas, abuelita?

—No, esta noche, no.

—Esto hace cosquillas –dijo Kezia–, pero es como los indios. –Atrajo a su abuela y la besó en la barbilla–. Ven a acostarte pronto y serás mi indio guerrero.

—¡Qué tontica! –dijo la anciana, arropándola como sabía que le gustaba a la niña que la arroparan.

—¿No vas a dejarme una vela?

—No. ¡Shhhh! ¡Duérmete!

—Entonces, ¿puedo dormir con la puerta abierta?

Se enroscó como un ovillo pero no se durmió. De toda la casa venían ruidos de pasos. La casa misma crujía y se movía; se oían fuertes voces cuchicheantes que subían desde la planta baja. Una vez se oyó una carcajada de la tía Beryl y otra vez el ruido de corneta que hacía Burnell al sonarse. Por fuera de la ventana, la observaban centenares de gatos negros, con ojos amarillos, sentados en el cielo. Pero no tenía miedo.

Lottie le decía a Isabel:

—Esta noche voy a rezar en la cama.

—No, eso no se puede, Lottie –replicó Isabel muy enérgica–. Dios permite que se rece en la cama sólo cuando se tiene fiebre.

Lottie cedió:

Gentil Jesús, tan dulce y bueno,
Cuida de esta pequeña niña.
Ten piedad de mí, la pobre Lizzie,
Permíteme ir hacia ti.

Después se acostaron dándose la espalda, con sus pequeños traseros apenas tocándose, y se durmieron.

Beryl Fairfield se desnudó a la luz de la luna. Estaba cansada, pero simulaba estarlo mucho más y dejaba caer la ropa mientras echaba hacia atrás, con un gesto lánguido, la cálida y pesada cabellera.

—¡Ay! ¡Qué cansada estoy! ¡Muy cansada!

Cerró los ojos un momento pero sus labios sonreían. La respiración le sacudía el pecho como un agitado aleteo. La ventana estaba abierta de par en par. Hacía calor y en algún lugar en el jardín, un hombre moreno y esbelto de ojos burlones avanzaba de puntillas entre los arbustos, cogía flores y las ataba en un gran ramo, se deslizaba bajo la ventana y se lo tendía a Beryl. Vio cómo ella misma se asomaba hacia fuera. Él hundía la cabeza en las cerosas flores, malicioso y sonriente.

—¡No, no! —dijo Beryl. Se apartó de la ventana y se puso el camisón.

—¡Stanley puede ser tan poco razonable a veces! –pensaba ella, mientras se abotonaba. Después, cuando se acostó, le vino el viejo pensamiento, el cruel pensamiento: ¡ay, si tan solo tuviera su propio dinero!

Un hombre joven, inmensamente rico, acaba de llegar de Inglaterra. Se conocen por pura casualidad... El nuevo gobernador no está casado... Hay un baile en casa de Gobierno... ¿Quién es esa criatura exquisita vestida de satín verde etéreo? Beryl Fairfield...

—Lo que me gusta –dijo Stanley apoyado contra la cama y rascándose vigorosamente los hombros y la espalda, antes de acostarse– es que yo he conseguido esta finca por muy poco dinero, Linda. Se lo comenté hoy a Wally Bell y me dijo que no podía comprender cómo me habían aceptado la oferta. Parece que las tierras por esta zona están en alza. En unos diez años, poco más o menos... Naturalmente, habrá que empezar lentamente, y reducir gastos lo más que se pueda. Aún no duermes, ¿verdad?

—No, querido, escuché hasta la última palabra –dijo Linda.

Stanley se metió a la cama, se inclinó sobre ella y apagó la vela.

—Feliz noche, señor negociante –dijo ella; y, tomándole la cabeza por las orejas, le dio un rápido beso. Su voz tenue y distante parecía salir de un pozo profundo.

—Feliz noche, querida. Deslizó el brazo bajo su cuello, y la atrajo hacia él.

—Sí, apriétame bien –dijo la tenue voz, desde lo profundo del pozo.

Pat, el criado, estaba tendido en su cuartito detrás de la cocina. Su estuche de artículos de tocador, su chaqueta y sus pantalones colgaban de la puerta como un hombre ahorcado. Por el borde de la cobija asomaban los torcidos dedos de sus pies, y en el piso, al lado de Pat, se encontraba, vacía, una jaula de pájaros hecha de juncos. Pat parecía una caricatura.

—Ongg, ongg –hacía la criada. Tenía adenoides.

La última en acostarse fue la abuela.

—¿Cómo? ¿No duermes todavía?

—No; te estaba esperando –dijo Kezia.

La anciana suspiró y se tendió a su lado. Kezia hundió su cabeza bajo el brazo de su abuela y dio un gritito. Pero la abuela apenas la apretó débilmente contra ella; suspiró una vez más, se sacó los dientes y los puso en el vaso de agua que estaba a su lado en el suelo.

En el jardín, unos pequeños búhos, posados en las ramas de un árbol de corteza de encaje, ululaban «¡Uh, uh! ¡Uh, uh!». Y de los arbustos, muy de

lejos, salía un rudo y precipitado cacareo: «Cácara, cácara»...

V

El alba llegó áspera y fría, con nubes encarnadas en un cielo verdoso y en cada hoja y en cada brizna de hierba había gotas de agua. Una rápida brisa sopló por el jardín, sacudiendo el rocío y los pétalos, y avanzó tiritando por encima de los prados empapados hasta esfumarse en los sombríos setos. En el cielo, unas minúsculas estrellas flotaron por un instante para luego desaparecer, disolviéndose como pompas de jabón. Y en la calma matutina, se podía oír claramente el riachuelo que corría a través de los prados cercados, saltaba por encima de las parduscas piedras, se ocultaba por entre hoyos de arena y volvía a emerger y se escabullía por entre grupos de sombríos matorrales de bayas para desembocar finalmente en un pantano de berros y nenúfares de flores amarillas.

Y después, al primer rayo de sol, comenzaron los pájaros. Grandes pájaros atrevidos, estorninos y mynas, silbaban en el césped; los pequeños, jilgueros, chorlitos y papamoscas, revoloteaban de rama en rama. Un hermoso martín pescador estaba posado sobre la cerca del corral y acicalaba su opulenta belleza, mientras un *tui* cantaba sus tres notas, se reía y las cantaba de nuevo.

—¡Qué pájaros más ruidosos! –se decía Linda en sueños. Se paseaba con su padre por una pradera verde sembrada de margaritas. De repente, él se inclinaba, partía las briznas de pasto y le mostraba una minúscula bolita de plumas a sus pies.

—¡Oh! ¡Querido papá!

Ella hacía una copa con sus manos, tomaba el pajarito y le acariciaba la cabeza con el dedo. Estaba completamente domesticado. Pero luego ocurrió una cosa extraña. Mientras lo acariciaba, comenzó a hincharse, a erizarse, a ensancharse cada vez más y sus ojos redondos parecían sonreírle con perspicacia. Los brazos de Linda ya no tenían fuerza suficiente para cargarlo, y lo dejó caer en su delantal. Se había convertido en un bebé con una cabeza gorda y un cavernoso pico de pájaro que se abría y se cerraba. Su padre estalló en una sonora carcajada y al despertar Linda encontró a Burnell ante la ventana subiendo ruidosamente las persianas hasta el punto más alto.

—Hola –dijo él–. ¿No te habré despertado, verdad? No podemos quejarnos esta mañana del tiempo.

Estaba enormemente complacido. El clima ponía el broche de oro al buen negocio que había hecho. Se sentía como si hubiese comprado también ese día tan bello, como si se lo hubieran dado extra a bajo precio cuando pagó por la casa y el terreno. Corrió a bañarse y Linda se dio vuelta y se apoyó en un codo para ver la habitación a la luz del día. Había sido posible acomodar todos los muebles, toda la vieja parafernalia, como decía ella. Incluso las fotografías estaban sobre el mármol de la chimenea y las botellas de medicina en la repisa encima del tocador. Su ropa colgaba de una silla: la ropa de calle, una capa de color púrpura y un sombrero redondo adornado con una pluma. Linda miraba las prendas y deseaba también irse de esta casa. Se veía, alejándose de todos ellos, en un pequeño coche, alejándose de todo el mundo, sin siquiera mover la mano para despedirse.

Stanley regresó a la habitación envuelto en una toalla y golpeándose los muslos; se veía reluciente. Tiró la toalla mojada encima del sombrero y la capa de Linda y, firme de pie en el centro exacto de un cuadrado de luz, empezó a hacer sus ejercicios. Respiración profunda, cuclillas de rana y puntapiés. Se sentía tan encantado con su cuerpo firme, obediente, que se golpeó el pecho y produjo un sonoro «¡ahhh!». Pero este prodigioso vigor parecía situarlo en un mundo aparte del de Linda. Tendida en la blanca cama desordenada, lo miraba como perdida en las nubes.

—¡Demonios! ¡Maldita sea! –dijo Stanley, que se había puesto una camisa blanca, muy tiesa, al descubrir que algún idiota había abrochado el cuello y había quedado atrapado. Se dirigió hacia Linda a grandes pasos, agitando los brazos.

—Pareces un pavo grande y gordo –le dijo.

—Gordo... Muy graciosa –dijo Stanley–. No tengo ni un centímetro cuadrado de grasa en todo el cuerpo. Toca aquí.

—Es roca, es hierro –dijo ella, burlona.

—Te sorprendería –dijo Stanley, como si esto fuera de enorme interés– el número de tipos que hay en el club que están barrigones. Tipos jóvenes, ¿sabes?, hombres de mi edad.

Empezó a hacerse la raya en su melena de pelo rojo, con sus ojos azules muy abiertos y fijos en el espejo; las rodillas, dobladas, porque el tocador –¡diantre!– era un poco bajo para él...

—El pequeño Wally Bell, por ejemplo. –Se irguió, formando con el cepillo una enorme curva sobre la cabeza–. Debo reconocer que me horroriza...

—Querido, no te atormentes. Nunca serás gordo. Eres demasiado activo.

—Sí, sí, tienes razón –dijo él, consolado por centésima vez, y, sacando de su bolsillo una navaja de nácar, empezó a cortarse las uñas.

—¡El desayuno está servido, Stanley! –dijo Beryl desde la puerta–. ¡Ah, Linda! Mamá te manda decir que no te levantes todavía.

Asomó cabeza por la puerta entreabierta. Llevaba prendida en el pelo una porción enorme de una lila.

—Todo lo que dejamos anoche en la veranda lo encontramos esta mañana completamente empapado. Si vieras a la pobre de mamá secando las mesas y las sillas. Pero no se dañó nada –señaló apenas mirando a Stanley.

—¿Le dijiste a Pat que tenga el coche preparado a tiempo? Son unos buenos diez kilómetros de aquí a la oficina.

«Me imagino lo que va a ser esto de tener que salir tan temprano para la oficina», pensaba Linda. «Realmente va a ser estresante».

—¡Pat! ¡Pat! –oyó que llamaba la criada.

Pero claramente no le resultaba fácil encontrar a Pat. Su necia voz balaba por el jardín.

Linda no pudo descansar hasta que el retumbar de la puerta principal le confirmó que Stanley se había ido.

Más tarde oyó a las niñas jugando en el jardín. La vocecita firme y compacta de Lottie gritaba: «¡Keeezia! ¡Isaaabel!». Lottie se perdía siempre o perdía a las otras para encontrarlas con gran sorpresa justo detrás del árbol más cercano o del primer recodo...

—¡Oh! ¡Por fin las encontré!

Las habían sacado de la casa después del desayuno con la prohibición de volver a entrar hasta que las llamaran. Isabel paseaba un coche lleno de muñecas cuidadosamente arregladas, y le permitía a Lottie, como gran cosa, marchar a su lado y llevar la sombrilla de muñecas cubriendo a la que tenía la cara de cera.

—¿Adónde vas, Kezia? –preguntó Isabel deseando inventar para Kezia alguna tarea fácil e insignificante que hiciera que la pequeña no se sustrajera de su dominio.

—¡Oh! Por ahí –dijo Kezia...

Y ya no las oyó más. ¡Qué luminosidad había en el cuarto! Las persianas levantadas hasta el tope le molestaban a cualquier hora, pero por la mañana eran insoportables. Se volvió de cara a la pared y, perezosamente, con un dedo trazó sobre el papel de colgadura la forma de una amapola con hoja y tallo y un ampuloso capullo. Con la calma que reinaba, bajo el dedo que la contorneaba, la amapola parecía cobrar vida. Linda podía sentir los pétalos pegajosos, sedosos, el tallo peludo como la piel de una grosella, la hoja rugosa y el capullo apretado y satinado. Las cosas tenían la costumbre de cobrar vida de esa manera; no sólo las cosas grandes y sustanciales como los muebles, sino también las cortinas, los estampados de las telas, los flecos de las colchas y los almohadones. ¡Cuántas veces había visto los pompones del fleco de su colcha convertirse en una divertida procesión de bailarinas con una corte de sacerdotes!... Pues había pompones que no bailaban sino que marchaban gravemente inclinados hacia adelante como si estuvieran rezando o cantando salmos. ¡Cuántas veces los frascos de medicina se habían transformado en una fila de hombrecitos coronados de chisteras parduscas y la jarra del agua tenía una forma de aposentarse en la palangana como si fuera un gran pájaro en un redondo nido!

«Soñé con pájaros anoche», pensaba Linda. ¿Qué había sido? Lo había olvidado. Pero lo extraño de esta manera en la que los objetos cobraban vida era lo que hacían. Escuchaban, parecían inflarse con un mensaje misterioso e importante; se dilataban y entonces Linda los sentía sonreír. Pero esa sonrisa sigilosa y furtiva no era solamente para ella; eran miembros de una sociedad secreta y se sonreían entre sí. A veces, cuando se quedaba dormida durante el día, se despertaba sin poder levantar un dedo, sin siquiera ser capaz de volver los ojos a derecha o izquierda, porque ELLOS estaban allí. Otras veces, cuando salía de una habitación dejándola vacía, sabía que tan pronto cerrara la puerta ELLOS la ocuparían. Y había momentos al caer la tarde cuando ella estaba en el piso de arriba, por ejemplo, y todos los demás estaban abajo, en que apenas lograba escapárseles. Entonces no podía apresurarse, no podía tararear una música. Si trataba de decir de la manera más despreocupada: «¿Dónde estará ese viejo dedal?», ELLOS no se dejaban engañar. Sabían perfectamente cuánto miedo sentía; veían cómo volvía la cabeza cuando pasaba por delante del espejo. Linda sentía siempre que ELLOS esperaban algo de ella y sabía que si se rendía y se quedaba tranquila, más que tranquila, callada, inmóvil, algo ocurriría realmente.

—Todo está muy tranquilo ahora –pensaba. Tenía los ojos bien abiertos y oía cómo el silencio hilaba su infinita y delicada tela. Respiraba ligeramente; apenas si tenía necesidad de respirar.

Sí, todo había cobrado vida, hasta la más pequeña, la más diminuta partícula. No sentía la cama; flotaba, levitando en el aire. Solo ella parecía estar atenta, con los ojos muy abiertos, escuchando, al acecho, en espera de alguien que debía venir y no venía, de algo que debía ocurrir y no ocurría.

VI

En la cocina, ante la larga mesa de pino ubicada bajo las dos ventanas, la anciana señora Fairfield lavaba la loza del desayuno. La ventana de la cocina daba a un prado que conducía hacia la huerta y los lechos de ruibarbo. Un lado del prado se encontraban el fregadero y el cobertizo del lavadero, blanqueado de cal, por el cual trepaba una parra nudosa. La señora Fairfield había notado ayer que algunas ramitas atornilladas se estaban colando por las grietas del techo del fregadero y que todas las ventanas del cobertizo estaban rodeadas de un espeso ornamento de verdor frondoso.

—Me gusta mucho tener una parra –dijo la señora Fairfield–, pero no creo que las uvas maduren aquí. Se necesita sol como el de Australia. –Y se acordó de cómo Beryl, cuando era casi un bebé, estaba recogiendo una uvas blancas de la parra de la veranda trasera de su casa en Tasmania cuando sintió en la pierna el pinchazo de una enorme hormiga roja. Podía visualizar a Beryl con su trajecito a cuadros escoceses, anudado en los hombros con tirantas rojas, aullando tan fuerte que la mitad de la calle había corrido hacia la casa. ¡Cómo se había hinchado la pierna de la niña! «¡Qué cosa!». La señora Fairfield respiró profundo al recordar el momento. «¡Pobre pequeña! ¡Fue espantoso!». Apretó los labios y se volvió hacia la estufa para recoger más agua caliente. En la gran palangana de jabón, el agua formó una espuma que se cubrió de burbujas rosas y azules. La anciana señora Fairfield tenía los brazos descubiertos hasta el codo y mostraban un tinte rosa vivo. Llevaba un vestido de tela sedosa gris, sembrado de grandes pensamientos de color violeta, un delantal de lino blanco y un gorro alto de muselina en forma de molde de gelatina; en su cuello brillaba una luna creciente de plata en la que reposaban cinco pequeños búhos y colgaba un collar para reloj hecho de cuentas negras.

Le costaba trabajo creer que apenas llegaba a esta cocina y que no llevaba muchos años en ella; se sentía ya como una parte integral de este lugar. Ordenó la loza con mano precisa y segura; con movimientos relajados y amplios, iba de la estufa al aparador, echaba una mirada en la alacena y la despensa, como si no existiera un rincón que no le fuese familiar. Cuando hubo terminado, todos los objetos de la cocina habían quedado organizados por categorías. De pie, en el centro, se secaba las manos con un paño a cuadros. Una sonrisa se asomó a sus labios; le parecía que todo se veía muy bien, muy satisfactorio.

—¡Mamá, mamá! ¿Estás ahí? –llamaba Beryl.

—Sí, querida. ¿Me necesitas?

—¡No, voy yo!

Y Beryl entró precipitadamente, muy colorada, arrastrando dos grandes cuadros.

—Mamá, ¿qué puedo hacer con estas espantosas y horribles pinturas chinas que Chung-Wah le dio a Stanley cuando quebró? Es absurdo decir que tienen valor, porque estaban colgadas en la frutería de Chung-Wah desde hacía meses. No puedo comprender por qué Stanley quiere conservarlas. Estoy segura de que a él le parecen tan feas como a nosotras, pero creo que es por los marcos –dijo con malevolencia–; supongo que cree que esos marcos podrán valer algo algún día.

—¿Por qué no las cuelgas en el pasillo? –propuso la señora Fairfield–; allí no serán muy visibles.

—No se puede. No hay sitio; he puesto allí todas las fotografías de su oficina antes y después de la construcción, con las fotografías firmadas de sus amigos de negocios y esa horrible ampliación de Isabel echada sobre una alfombra con una camisetica. –Su mirada sombría recorrió la acogedora cocina–. Ya sé lo que voy a hacer; las colgaré aquí. Le diré a Stanley que estaban un poco húmedas después de la mudanza y que las he puesto aquí por ahora.

Acercó una silla, se subió en ella, tomó un martillo del bolsillo y un gran clavo de su delantal y comenzó a clavarlo.

—¡Listo! Con eso basta. Alcánzame el cuadro, mamá.

—Un momento, hija.

La madre limpiaba el marco de ébano cincelado.

—¡Oh, mamá! No hace falta que los desempolves; te tomaría años limpiar todos esos agujeritos. –Frunció las cejas por encima de la cabeza de

su madre y se mordió el labio con impaciencia. La manera concienzuda que tenía mamá de hacer las cosas era sencillamente enloquecedora. Debe ser una cosa de la edad, pensó desdeñosamente.

Al fin, los dos cuadros quedaron colgados el uno al lado del otro. Bajó de la silla y se guardó el pequeño martillo.

—No quedan nada mal aquí, ¿verdad? –dijo ella–. En todo caso, nadie más los verá, solamente Pat y la criada. ¿Tengo una telaraña en la cara, mamá? Estuve hurgando en esa alacena bajo la escalera, y ahora hay algo que me hace cosquillas todo el tiempo en la nariz.

Antes de que la señora Fairfield hubiera tenido tiempo de mirar, Beryl se había dado vuelta. Alguien golpeaba en la ventana. Linda estaba allí haciéndoles señas con la cabeza y sonriendo. Oyeron que se levantaba el picaporte del fregadero, y Linda entró. No llevaba sombrero; el pelo le caía en bucles sobre la cabeza y estaba arropada con un viejo chal de cachemira.

—¡Tengo tanta hambre! –dijo Linda–. ¿Dónde puedo encontrar algo de comer, mamá? Es la primera vez que entro en la cocina. Por todo lado se ve la marca de mamá; ¡todo está tan en orden!

—Te voy a hacer un té –dijo la señora Fairfield, extendiendo una blanca servilleta en la esquina de la mesa– y Beryl podrá tomar una taza contigo.

—Beryl, ¿quieres la mitad de mi pan de especias? –Linda movió su cuchillo en dirección a ella–. Beryl, ahora que ya estamos en la casa, ¿te gusta?

—¡Oh, sí, me gusta mucho la casa y el jardín es magnífico, pero tengo la impresión de que todo está un poco lejos para mí. No creo que vaya a venir gente de la ciudad en ese bus destartalado; y estoy segura de que no habrá gente por aquí que venga a visitarnos. Claro que a ti te es igual, porque...

—Pero está el coche –dijo Linda–. Pat puede llevarte a la ciudad cuando quieras.

Era un consuelo, ciertamente, pero había algo que rondaba la mente de Beryl, algo que no podía poner en palabras, ni siquiera para sí misma.

—En todo caso, de esto no nos vamos a morir –dijo Beryl, secamente. Puso la taza vacía sobre la mesa, se levantó y se estiró–. Voy a colgar las cortinas –y se alejó cantando:

Cuántos miles de pájaros veo
que cantan ruidosos en todos los árboles...

—*...Pájaros veo que cantan ruidosos en todos los árboles*... –pero al llegar al comedor dejó de cantar y su expresión cambió; se puso melancólica y estaba contrariada.

—Da lo mismo si nos pudrimos aquí o en otro lado –gruñó entre dientes, huraña, clavando imperdibles de bronce en las cortinas de sarga roja.

Las dos mujeres que se quedaron en la cocina permanecieron en silencio por un rato. Linda apoyó la mejilla en su mano y miró a su madre. Le pareció que se veía notablemente bella con la ventana ornada de follaje en el trasfondo. Había algo reconfortante en esta visión y Linda sintió que nunca podría vivir sin ella. Necesitaba el dulce olor de su piel, la sensación suave de sus mejillas, de sus brazos y de sus hombros aún más suaves. Le encantaba la forma en que se ondulaba su cabello, plateado en la frente, más claro en la nuca y todavía castaño y brillante en el gran moño bajo su gorro de muselina. Las manos de su madre eran hermosas; las dos sortijas que usaba parecían fundirse con la cremosa piel. Siempre estaba tan fresca y deliciosa. La anciana no podía soportar más que lino sobre su cuerpo y se bañaba con agua fría tanto en invierno como en verano.

—¿No hay nada que yo pueda hacer? –preguntó Linda.

—No, querida. Me gustaría que fueras al jardín y les echaras una mirada a tus niñas, pero ya sé que no lo harás.

—Claro que sí; pero ya sabes que Isabel es más adulta que cualquiera de nosotras.

—Sí, pero no Kezia –dijo la señora Fairfield.

—¡Oh! Hace horas que a Kezia la lanzó un toro por los aires –dijo Linda, arropándose nuevamente con el chal.

Pero no; Kezia había visto un toro a través de un agujero en un nudo de la madera de la empalizada que separaba la cancha de tenis del corral. Pero no es que le hubiese gustado mucho el toro, así que se alejó y emprendió el camino de regreso por el huerto, cuesta arriba por el césped, a lo largo del sendero que pasaba cerca del árbol de corteza de encaje para desembocar en la maraña del vasto jardín. Le parecía que nunca llegaría el momento en el que no se perdería en este jardín. Dos veces había encontrado el camino hacia el gran portal de hierro por el que habían pasado en el coche la noche anterior y se había regresado por la avenida que conducía a la casa; ¡pero había tantos pequeños senderos por todos lados! De un lado, todos conducían a una maraña de altos y oscuros árboles y de matorrales extraños con hojas planas aterciopeladas y flores color crema, ligeras como plumas,

que zumbaban con moscas cuando se les sacudía. Este era el lado terrorífico, que no parecía un jardín. Los senderitos eran húmedos y arcillosos y de un lado a otro se cruzaban raíces de árboles semejantes a las patas de enormes aves.

Del otro lado de la avenida había un alto borde sembrado de boj y todos los senderos estaban también bordeados de boj y conducían a una maraña de flores cada vez más profunda. Las camelias estaban en flor, blancas y carmesí y de rayas rosa y blancas con hojas brillantes. No se veían las hojas en los arbustos de lila de tantos racimos blancos como tenían. Las rosas estaban abiertas; pequeñas rosas blancas, para poner en el ojal, pero demasiado llenas de insectos para olfatearlas; rosas damascenas rosadas con un cerco de pétalos caídos alrededor de los arbustos; rosas centifolias sobre gruesos tallos, verdolagas siempre en botón; delicadas rosas de té color rosa, que se abrían de pétalo en pétalo cada uno delicadamente enrollado, algunas de un rojo tan oscuro que parecía convertirse en negro al caer y otras de un cierto color crema, exquisito, de fino tallo y brillantes hojas escarlata.

Había grupos de campanillas y toda suerte de geranios, pequeños árboles de verbena, arbustos de lavanda azulada, un lecho de novios con ojos de terciopelo y follaje de alas de polilla. Había todo un lecho con solamente resedas y otro de solo pensamientos, bordes de margaritas dobles y sencillas y muchas otros tipos de plantas en manojos que no había visto nunca antes.

Las antorchas rojas eran más altas que ella, los girasoles japoneses formaban un pequeño juncal. Se sentó sobre uno de los bordes de boj. Si presionaba fuerte, al comienzo hacía un buen asiento. Pero ¡qué polvo había en el interior! Kezia se inclinó para mirar, estornudó y se frotó la nariz.

Se encontró de repente en lo alto de la pendiente de césped que descendía hacia el huerto. Miró la pendiente hacia abajo por un instante, se tumbó de espaldas, lanzó un gritito y rodó cuesta abajo hasta llegar al frondoso y florido pastizal del huerto. De espaldas, esperando que las cosas cesaran de moverse a su alrededor, decidió subir a la casa y pedir a la criada una caja de cerillas vacía. Quería preparar una sorpresa para la abuela. Pondría primero una hoja en el fondo de la caja, encima una hermosa violeta, después quizás un clavelito blanco a cada lado de la violeta y los espolvorearía con lavanda pero sin taparles la flor.

Solía preparar estas sorpresas para la abuela y siempre tenían un gran éxito.

—¿Quieres una, cerilla, abuelita?

—Por supuesto, mi niña. Me parece que justo lo que estoy necesitando es una cerilla.

La abuela abría la caja lentamente y encontraba la sorpresa en el fondo.

—¡Ay, santo Dios! ¡Qué gran sorpresa, mi niña!

—Aquí puedo hacer una cajita de esas todos los días —pensaba Kezia, desordenando la hierba con sus resbaladizos zapatos.

Pero de regreso a casa llegó a ese islote que se encontraba en la mitad de la avenida y que la dividía en dos brazos que volvían a encontrarse ante la casa. El islote tenía un montículo de césped. En la cima no crecía nada más que una enorme planta de hojas gruesas y espinosas de color verde gris de cuyo centro salía un tallo elevado y fuerte. Algunas de las hojas de la planta eran tan viejas que ya casi se desplomaban; estaban enroscadas, estaban rotas y partidas; algunas estaban ya en el suelo, aplastadas y marchitas.

¿Qué podría ser esto? Kezia no había visto jamás nada parecido. Se detuvo allí con la mirada fija. Luego vio a su madre, que se acercaba por el sendero.

—Mamá, ¿qué es eso? –preguntó Kezia.

Linda alzó la vista hacia la gruesa planta henchida con sus hojas crueles y su carnoso tallo. Se erguía por encima de ellas, como si estuviera anclada en el aire y, al mismo tiempo, tan sólidamente aferrada a la tierra de la que salía, que hubiera podido tener garras en lugar de raíces. Las hojas encorvadas parecían estar ocultando algo; el ciego tallo hendía el aire como si ningún viento pudiera agitarlo nunca.

—Es una sábila, Kezia –dijo la madre.

—¿Y florece alguna vez?

—Sí, Kezia –y Linda le sonrió con los ojos entornados–. Una vez cada cien años.

VII

De regreso de la oficina, Stanley Burnell hizo detener el coche en la Bodega y se bajó a comprar un frasco grande de ostras. En la tienda de al lado, la del chino, compró una piña que estaba en su punto y, al notar una cesta de cerezas negras muy frescas, pidió a John que le diera una libra. Colocó las ostras y la piña en el cofre debajo del asiento delantero, pero conservó las cerezas en la mano.

Pat, el criado, saltó de su asiento y lo arropó de nuevo con la manta marrón.

—Levante los pies, señor Burnell, mientras la doblo por debajo –dijo.

—Bien, bien. ¡Magnífico! –dijo Stanley–. Ahora, vamos derecho a casa.

Pat fustigó la yegua gris y el coche arrancó.

«Me parece que este tipo es un trabajador de primera», pensaba Stanley. Le gustaba el aspecto del hombre sentado allá arriba con su impecable abrigo marrón y el sombrero hongo del mismo color. Le gustaba la forma con que Pat lo había arropado y le gustaban sus ojos. No era nada servil y si había algo que Stanley detestaba por encima de todo era el servilismo. Además, el hombre parecía contento con su trabajo, feliz y satisfecho.

La yegua gris andaba muy bien. Burnell tenía ganas de salir ya de la ciudad; quería estar en su casa. ¡Ah! Era maravilloso vivir en el campo; era maravilloso salir de la urbe tan pronto como cerraba la oficina, y era un deleite hacer este viaje y sentir el freso aire cálido, saber que al final del camino estaba su casa, con su jardín, sus prados cercados, sus tres vacas de casta y bastantes patos y gallinas.

A medida que dejaban la ciudad y avanzaban por la carretera desierta, su corazón latía vigorosamente de alegría. Hundió la mano en la bolsa y comenzó a comer cerezas, tres o cuatro a la vez, lanzando las semillas por un costado del coche. ¡Estaban deliciosas, tan carnudas y frescas, sin una mancha ni una magulladura!

¡Había que ver aquellas dos, encarnadas por un lado, blancas por otro, perfectas! Un par de pequeñas hermanas siamesas. Y las colgó de su ojal... Le habría gustado, sin duda, ofrecerle un puñado al buen hombre en el estribo; pero no, era mejor no hacerlo. Era mejor esperar hasta que hubiera estado con él un poco más de tiempo.

Comenzó a planear cómo iba a ocupar las tardes de sábado y domingo. No almorzaría en el club el sábado. No, se escaparía de la oficina tan pronto como fuera posible y que le sirvieran, tan pronto llegara a casa, unas lonchas de carne fría y otro tanto de lechuga. Invitaría a algunos de los amigos de la ciudad a jugar tenis por la tarde. No muchos; a lo sumo, tres. Beryl también era buena jugadora... Estiró su brazo derecho y lo dobló lentamente, palpando el músculo... Un baño, una buena frotada, un cigarro puro en la veranda después de cenar...

Los domingos irían a misa por la mañana, con todo y las niñas. Lo cual le recordó que debía alquilar una banca en la iglesia, una a la que le cayera el

sol si era posible y bien adelante, para asegurarse de que estarían fuera del alcance de las corrientes de aire que soplaban desde la puerta. En su imaginación, se escuchaba a sí mismo entonando a la perfección el Te Deum: «Tú, que rotas las cadenas de la muerte, abriste a los creyentes el Reino de los Cielos». Y veía su tarjeta pulida, enmarcada en bronce, en la esquina de la banca: «Mr. Stanley Burnell y familia...». El resto del día lo pasaría con Linda, sin hacer mayor cosa... Se pasearían por el jardín, ella colgada de su brazo y él explicándole detalladamente lo que pensaba hacer en su oficina a la semana siguiente. La oía comentar: «Me parece de lo más sabio, querido...». Charlar sobre sus asuntos con Linda era de gran ayuda, aun cuando a veces se desviaban del tema.

¡Maldita sea! No estaba avanzando mucho. Pat había frenado el coche nuevamente. ¡Upa!¡Qué bestia! Lo sentía en la boca del estómago.

Una suerte de pánico se apoderaba de Burnell cada vez que se acercaba a su casa. Ya antes de haber pasado el portal, le gritaba a quien se encontrara por el camino: «¿Está todo bien?». Y no lo creía hasta haber oído a Linda decir: «Hola. ¿Ya estás en casa?». Este era el lado desagradable de la vida en el campo. Se necesitaba una barbaridad de tiempo para volver... Pero ya no faltaba mucho. Estaban en lo alto de la última colina; no les quedaba más que una larga y suave pendiente, un poco más de medio kilómetro quizás.

Pat acarició el lomo de la yegua con el látigo y la animó.

—¡Upa! ¡Upa! ¡Vamos!

El sol estaba a punto de ponerse. Todo estaba quieto, inmóvil, bañado en una luz brillante, metálica, y, desde los prados cercados de cada lado, emanaba el olor lechoso de la hierba crecida. El portal de hierro estaba abierto. Lo atravesaron a buen paso y avanzaron por la avenida hasta darle la vuelta a la isla y detenerse exacta y precisamente ante el centro mismo de la veranda.

—¿Le ha gustado, señor? –preguntó Pat, mientras bajaba de su asiento, con una amplia sonrisa, hacia su amo.

—Muchísimo, Pat –dijo Stanley.

Linda salió por la puerta de vidrio; su voz atravesó el silencio de la penumbra:

—Hola. ¿Ya estás en casa?

Al oír su voz, el corazón le latió tan fuertemente que apenas pudo reprimir el deseo de subir los peldaños a zancadas y abrazar a su mujer.

—Sí, ya llegué. ¿Está todo bien?

Pat estaba llevando el coche hacia el portón lateral que conducía al patio.

—Espere un minuto –dijo Burnell–. Tráigame los dos paquetes. Y dijo a Linda:

—¡Te he traído un frasco de ostras y una piña! –como si le hubiera traído todas las cosechas de la tierra.

Entraron al vestíbulo; Linda llevaba las ostras en una mano y la piña en la otra. Burnell cerró la puerta de vidrio; se quitó el sombrero, abrazó a su mujer y la apretó contra sí; le besaba la frente, las orejas, los labios, los ojos.

—¡Oh! ¡Oh!, querido –dijo ella–. Espera un instante. Voy a poner en algún lado estas estorbosas cosas –y puso el frasco de ostras y la piña sobre una sillita tallada–. ¿Qué tienes en el ojal? ¿Cerezas? –las cogió y las colgó de la oreja de Burnell.

—No hagas eso, querida; son para ti.

Entonces ella las descolgó de nuevo.

—¿No te importa que las guarde? Me quitarían el apetito para la cena. Ven a ver a las niñas. Están comiendo.

La lámpara sobre la mesa en el cuarto de juegos de las niñas estaba encendida. La señora Fairfield cortaba rebanadas de pan y las untaba con mantequilla. Las tres niñas estaban sentadas a la mesa y llevaban enormes baberos bordados con su nombre. Se limpiaron la boca cuando entró su padre, listas para que él las besara. Las ventanas estaban abiertas, había un jarrón de flores silvestres sobre la repisa de la chimenea y la lámpara proyectaba una enorme y suave burbuja de luz hacia el techo.

—Parecen estar muy cómodas, madre –dijo Burnell, pestañeando por la luz. Isabel y Lottie estaban sentadas cada una a un lado de la mesa. Kezia, en la parte de abajo. No había nadie en la cabecera.

—Allí es donde debería estar sentado un hijo mío –pensó Stanley. Apretó a Linda con el brazo que tenía alrededor de su hombro. ¡Dios mío! Le parecía que era un poco tonto sentirse tan feliz.

—Lo estamos, Stanley; estamos muy bien –dijo la señora Fairfield, cortando el pan de Kezia en deditos.

—¿Les gusta más que la ciudad, niñas? –preguntó Burnell.

—¡Oh, sí! –contestaron las tres niñitas; e Isabel acotó:

—Muchas gracias, querido papá.

—Subamos –dijo Linda–. Te traeré las zapatillas.

Pero la escalera resultaba demasiado estrecha para subirla tomados del brazo. La habitación estaba completamente a oscuras. Burnell oyó la sortija de Linda rozar el mármol de la chimenea, mientras ella buscaba los fósforos.

—Yo tengo fósforos, querida; voy a encender las velas.

Pero, en lugar, se le acercó por detrás, la rodeó de nuevo con sus brazos y presionó la cabeza de Linda contra su hombro.

—¡Me siento tan ridículamente feliz! –dijo.

—¿De veras? –Se dio vuelta, puso las manos sobre el pecho de Burnell y levantó los ojos hacia él.

—No sé lo que me pasa –protestó él.

Afuera, todo estaba bastante oscuro y caía un pesado rocío. Cuando Linda cerró la ventana, el fresco rocío le tocó la punta de los dedos. A lo lejos ladraba un perro.

—Creo que va a salir la luna –dijo.

Pronunciando estas palabras, y con la humedad del fresco rocío en los dedos, le pareció que había salido la luna. Se sentía extrañamente al descubierto, en una ola de luz fría. Se estremeció; se alejó de la ventana y vino a sentarse en el diván junto a Stanley.

***

En el comedor, al fulgor parpadeante de un fuego de leña, Beryl estaba sentada en un puf y tocaba la guitarra. Acababa de tomar un baño y se había cambiado la ropa. Llevaba ahora un vestido de muselina blanca con lunares negros, y se había prendido en el pelo una rosa de seda negra.

La naturaleza descansa, amor mío.
Mira, estamos solos;
Dame tu mano, para que yo la estreche, amor mío,
Suavemente en la mía...

Tocaba y cantaba un poco para sí misma, pues se observaba a sí misma tocando y cantando. La llama se reflejaba en sus zapatos, en el vientre rojizo de la guitarra y en sus blancos dedos...

«Si yo estuviera afuera y mirara por la ventana hacia dentro, estaría bastante impresionada», pensaba. Tocó el acompañamiento todavía más

suavemente. No cantaba; tan solo escuchaba.

La primera vez que te vi, mi niña,
¡oh! ¡no tenías idea de que no estabas sola!
Estabas sentada con tus piececitos en un puf
y tocabas la guitarra. ¡Ay Dios, nunca lo podré olvidar

Beryl levantó la cabeza y se puso a cantar de nuevo.

Incluso la luna está cansada.

Pero alguien tocaba fuertemente a la puerta. Se asomó el rostro colorado de la criada.

—Con su permiso, señorita Beryl; tengo que entrar a poner la mesa.

—Por supuesto –dijo Beryl con tono glacial. Dejó la guitarra en un rincón. Alice irrumpió en la habitación llevando una pesada bandeja de hierro negro.

—¡Pues viera el trabajo que he tenido con ese horno! No consigo dorar nada.

—¿De veras? –dijo Beryl.

Pero no, no se aguantaba a esa chica tan tonta. Huyó hacia el salón, que estaba a oscuras, y se puso a caminar de un lado a otro... ¡Oh! Estaba nerviosa, muy nerviosa. Había un espejo encima de la repisa de la chimenea. Apoyó los brazos y contempló su pálida sombra. ¡Qué hermosa era! Pero no había quien la viera, nadie.

—¿ Por qué has de sufrir tanto? –decía el rostro en el espejo–. No naciste para sufrir... ¡Sonríe!

Beryl sonrió, y su sonrisa era en verdad tan adorable que sonrió de nuevo; pero esta vez, porque no podía evitarlo.

VIII

—Buenos días, señora Jones.

—¡Oh! Buenos días, señora Smith, me alegra mucho verla. ¿Trajo usted a sus niños?

—Sí, traje a mis dos gemelos. Desde que nos vimos la última vez tuve otra bebé, pero llegó tan de repente que todavía no he tenido tiempo de

hacerle ropa. Así que la dejé en casa... ¿Cómo está su marido?

—Muy bien, gracias. Es decir, tuvo un resfriado espantoso; pero la reina Victoria, es mi madrina, ¿sabe?, le ha enviado un cajón de piñas, con lo cual se curó in-me-dia-ta-men-te. ¿Es su nueva criada?

—Sí, se llama Gwen; solo ha estado conmigo durante dos días. Gwen, mira, ésta es mi amiga, la señora Smith.

—Buenos días, señora Smith. La comida todavía necesita unos diez minutos.

—Me parece que no has debido presentarme a la criada. Creo que he debido comenzar a hablarle así no más...

—Es más bien una dama de compañía que una sirvienta; y a una dama de compañía se la presenta; lo sé porque la señora Samuel Josephs tenía una.

—¡Bah, es igual! –dijo la criada, con aire indiferente mientras batía una salsa de chocolate con media pinza de ropa rota. La comida se estaba horneando deliciosamente en un peldaño de concreto. La criada comenzó a poner la mesa sobre un asiento de jardín pintado de rosa. Delante de cada persona colocó dos platos de hoja de geranio, un tenedor de aguja de pino y un cuchillo de ramita. Había tres cabezas de margarita sobre una hoja de laurel que hacían las veces de huevos poché, unos pétalos de fucsia que representaban lonchas de carne de res fría, exquisitas albondiguillas de tierra y agua mezcladas con semillitas de diente de león, y la salsa de chocolate que había decidido servir en la misma concha de pahua en la que la había cocinado.

—No hace falta que se preocupe por mis niños –dijo la señora Smith, amablemente–. Basta con que tome esta botella y la llene del grifo, quiero decir en la lechería.

—¡Ah!, muy bien –dijo Gwen, y susurró al oído de la señora Jones:

—¿Voy y le pido a Alice un poco de leche de verdad?

Pero alguien las llamaba desde el frente de la casa y se disolvió el almuerzo, dejando la exquisita mesa, las albondiguillas y los huevos poché a las hormigas y a una vieja babosa que asomaba sus antenas temblorosas sobre el borde de la silla del jardín y había empezado a morder un plato de geranio.

—¡Niñas! ¡Vengan hacia la parte de adelante de la casa! Pip y Rags acaban de llegar.

Los hermanos Troud eran aquellos primos que le había mencionado Kezia al hombre de la mudanza. Vivían aproximadamente a un kilómetro de

allí, en una casa llamada la «Cabaña del árbol de los monos». Pip era alto para su edad, de pelo negro y liso y con un rostro pálido, pero Rags era tan pequeño y tan delgado que cuando estaba desnudo, sus omóplatos se le asomaban como dos alitas. Tenían un gozque de pálidos ojos azules y con una larga cola levantada en la punta, que les seguía por todas partes. Se llamaba Snooker. Los chicos pasaban la mayor parte del tiempo peinando y cepillando a Snooker y administrándole dosis de diferentes brebajes horribles que mezclaba Pip y que guardaba secretamente en una jarra rota tapada con la tapa de una vieja tetera. Ni siquiera el fiel Rags podía conocer la fórmula secreta de estas mezclas: ...Se toma un poco de polvo dentífrico, una pizca de azufre macerado a fino polvo y quizás un poco de almidón para que el pelo de Snooker se pusiera tieso... Pero eso no era todo. Rags pensaba para sus adentros que lo demás era pólvora... Nunca se le permitía agitar la mezcla, debido al peligro... «¡Si te salta un grano en el ojo, te quedas ciego para toda la vida!», le decía Pip, mezclándolo todo con una cuchara de hierro. Y siempre quedaba el riesgo, apenas un riesgo, de que la mezcla explotara si se le batía con demasiada fuerza... «Dos cucharadas de eso en un bidón de querosén bastarían para matar millares de pulgas». Pero Snooker pasaba todos sus momentos de libertad mordisqueándose y refunfuñando y apestaba abominablemente.

—Eso es porque él es un gran perro de combate –decía Pip–. Todos los perros de combate huelen.

Los niños Troud iban a menudo a pasar el día en casa de los Burnell cuando vivían en la ciudad. Pero ahora que vivían en esta hermosa casa con este magnífico jardín, estaban dispuestos a ser muy amigos. Además, a los dos les gustaba jugar con las niñas; a Pip, porque podía gastarles bromas y Lottie era muy fácil de asustar; y a Rags por una razón humillante: le encantaban las muñecas. Se quedaba absorto contemplando una muñeca dormida, le hablaba en voz baja, con una sonrisa tímida, y ¡qué gran ocasión era para él cuando le permitían cargar una!

—Acúnala en tus brazos; no los pongas así de tiesos, se te va a caer –le decía severamente Isabel.

Ahora se encontraban en la veranda, evitando que Snooker se entrara a la casa. No lo dejaban entrar porque la tía Linda odiaba los perros decentes.

—Hemos venido en el bus con mamá –dijeron–, y vamos a pasar la tarde con ustedes. Hemos traído un poco de nuestro pan de especias para la tía Linda; lo hizo nuestra Minnie. Está lleno de nueces.

—Yo pelé las almendras –dijo Pip–. Solo tuve que meter la mano muy rápidamente en una olla de agua hirviendo, y las saqué y les di como un pellizco y las almendras salieron volando de las cáscaras, algunas hasta llegaron al techo, ¿verdad, Rags?

Rags asintió.

—Cuando hacen las tortas en casa –dijo Pip–, Rags y yo siempre nos quedamos en la cocina; yo saco el tazón y él la cuchara y el batidor de huevos. El bizcocho es el mejor; ese tiene una masa toda espumosa.

Bajó corriendo los peldaños de la veranda hasta el césped, plantó sus manos encima de la hierba, se inclinó hacia adelante, pero no pudo del todo pararse de cabeza.

—Este césped está lleno de terrones –dijo–. Se necesita un sitio plano para pararse de cabeza. En casa puedo andar de cabeza alrededor de todo el árbol de los monos, ¿no es cierto, Rags?

—Casi –dijo Rags, muy bajo.

—Puedes pararte en la cabeza en la veranda; ahí es bastante plano –dijo Kezia.

—No, astuta –dijo Pip–, es preciso hacerlo en un sitio blando, porque si hago algún movimiento y luego me caigo, algo en el cuello me hace «clic» y se rompe. Me lo dijo mi papá.

—¡Ay, juguemos algo! –dijo Kezia.

—¡ Muy bien! –dijo rápidamente Isabel–. Juguemos al hospital. Yo seré la enfermera, Pip puede ser el médico, y ustedes, Lottie y Rags, serán los enfermos.

Lottie no quería jugar a eso, porque la última vez Pip le había metido algo en la garganta y le había dolido espantosamente.

Pip se le burló:

—¡Puaf! No era más que el jugo de un trozo de cáscara de mandarina.

—Entonces, juguemos a las señoras –dijo Isabel–. Pip puede ser el padre y ustedes serán nuestros lindos hijitos.

—Detesto jugar a las señoras –dijo Kezia–; siempre nos hacen ir a misa tomados de la mano y cuando regresamos a casa nos mandan a la cama.

Súbitamente, Pip sacó un pañuelo muy sucio de su bolsillo: «¡Snooker! ¡Por aquí, caballero!», llamó. Pero Snooker, como de costumbre, trató de escapar, con la cola entre las patas. Pip se le encaramó y lo apretó entre las rodillas.

—Sostenle quieta la cabeza, Rags –dijo; y ató el pañuelo en la cabeza de Snooker, con un gracioso nudo que le asomaba por la parte superior.

—¿Como para qué haces eso? –preguntó Lottie.

—Es para entrenarle las orejas para que se queden más pegadas a la cabeza, ¿entiendes? –dijo Pip–. Todos los perros de combate tienen las orejas hacia atrás; pero las de Snooker son demasiado blandas.

—Sí, cierto –dijo Kezia–; se le doblan hacia atrás; detesto que hagan eso.

Snooker se tumbó, hizo un débil esfuerzo con una pata para arrancarse el pañuelo, pero al darse cuenta que no lo lograría, se resignó a seguir a los niños, temblando de desazón.

IX

Pat se acercó con paso saltarín. Llevaba en su mano una hachuela que brillaba al sol.

—Vengan conmigo –les dijo a los niños–, les voy a enseñar cómo le cortan el cuello a un pato los reyes de Irlanda.

Los niños retrocedieron; no le creyeron. Además, los muchachos Troud nunca antes habían visto a Pat.

—Vamos, pues –les dijo persuasivamente, sonriendo y tendiendo la mano a Kezia.

—¿Un pato de verdad, uno del cercado?

—Sí –dijo Pat. Kezia puso su mano en la de Pat, dura y seca; él se acomodó la hachuela en el cinturón y le tendió la otra mano a Rags. Le encantaban los niños pequeños.

—Tendré que sujetar a Snooker por la cabeza si va a haber sangre –dijo Pip–, porque se enloquece totalmente con la sangre.

Se adelantó a los demás corriendo y halando a Snooker por el pañuelo.

—¿Te parece bien que vayamos? –murmuró Isabel–. No hemos pedido permiso ni nada, ¿verdad?

En la parte baja del huerto había una puerta en la empalizada. Al otro lado, una áspera pendiente conducía hacia un puente sobre el arroyo. Y una vez en la otra orilla, se estaba ya junto a los prados cercados. En el primero habían convertido un viejo establo pequeño en un corral de aves. Las gallinas se habían alejado por el cercado hasta un basurero que quedaba abajo en un hoyo. Los patos, en cambio, se habían quedado cerca de la parte del arroyo que se deslizaba bajo el puente.

Sobre el arroyo se tendían grandes arbustos de hojas rojas, flores amarillas y racimos de bayas negras. En ciertos sitios el arroyo era ancho y poco profundo; en otros, se descolgaba en piscinitas profundas, con espuma y temblorosas burbujas en los bordes. Los grandes patos blancos habían elegido establecerse en esas piscinas naturales, nadando y chapoteando por las orillas juncosas.

Nadaban de un lado a otro, alisando las plumas de sus magníficos pechos, y se les acercaban en la otra dirección otros patos, con el mismo pecho reluciente y el mismo pico amarillo.

—He aquí la flotilla irlandesa –dijo Pat–; miren ahí al viejo almirante, con el cuello verde y el hermoso estandarte en la cola.

Sacó de su bolsillo un puñado de cereal y se dirigió hacia el gallinero, indolente, con su viejo sombrero de paja roto en la copa y hundido hasta los ojos.

—Pío. Pío-pío-pío-pío –llamaba a las gallinas.

—Cua. Cua-cua-cua –contestaban los patos, acercándose para saltar a tierra; y batiendo las alas y con alboroto se tambaleaban tras él. Los atraía simulando que les iba a echar granos de cereal; sacudía el cereal en sus manos y llamaba a los patos hasta tenerlos a todos reunidos en un blanco círculo alrededor suyo.

A lo lejos, las gallinas oyeron el clamor y se apresuraron también a venir corriendo por el cercado, con la cabeza echada hacia adelante, las alas extendidas y las patas volcadas hacia adentro de esa manera tonta que tienen las gallinas al correr; cacareaban mientras corrían.

Entonces Pat esparció el cereal y los patos glotones empezaron a engullirlo. Rápidamente, Pat se inclinó y agarró a dos de ellos, uno bajo cada brazo, y se acercó a los niños. Los niños se asustaron al ver las cabezas estiradas y los ojos redondos de los patos. Todos, menos Pip.

—¡No sean tontos! –gritó–. No pueden morder. No tienen dientes. Sólo tienen esos dos agujeritos en el pico para respirar.

—¿Puedes sujetar uno de ellos, mientras termino con el otro? –preguntó Pat.

Pip soltó a Snooker.

—¿Que si puedo? Dame uno; no me importa cuánto patalee.

Casi sollozaba de la alegría cuando Pat le puso en los brazos el bulto blanco.

Había un viejo tronco cerca de la puerta del gallinero. Pat sujetó el animal por las patas, lo tendió encima del tronco y casi en ese mismo instante dejó caer la hachuela y la cabeza del pato salió a volar. La sangre brotaba sobre las plumas blancas y sobre su mano.

Cuando los niños vieron la sangre, dejaron de sentir miedo. Rodearon a Pat y se pusieron a gritar. Hasta Isabel saltaba y aullaba:

—¡La sangre, la sangre!

Pip olvidó su pato y lo tiró a lo lejos.

—¡La vi, la vi! –decía mientras saltaba alrededor del bloque de madera.

Rags, pálido como un muerto, corrió hacia la cabecita, acercó un dedo como si quisiera tocarla, se echó hacia atrás y de nuevo acercó un dedo. Le temblaba todo el cuerpo.

Hasta Lottie, la pequeña y temerosa Lottie, comenzó a reír y señalaba al pato mientras gritaba:

—¡Mira, Kezia, mira!

—¡Mírenlo! –exclamó Pat.

Bajó el cuerpo al piso y este comenzó a bambolearse. Había un gran chorro de sangre en el sitio de la cabeza; sin sonido alguno, el pato comenzó a dar menudos pasos hacia la pendiente que conducía al arroyo. Esto había sido lo más asombroso de todo.

—¿Lo ven? ¿Lo ven? –gritaba Pip.

Corría de una niña a otra, tirándoles del delantal.

—¡Es como una pequeña locomotora! –gritaba Isabel–, ¡como una graciosa locomotora de tren!

Pero Kezia se precipitó de repente sobre Pat, le echó los brazos alrededor de las piernas, golpeando con la cabeza tan fuerte como podía en las rodillas del hombre.

—¡Vuelve a ponerle la cabeza! ¡Vuelve a ponerle la cabeza! –gemía.

Cuando Pat se inclinó para soltarla, ella no aflojaba ni quitaba la cabeza. Se aferraba con todas sus fuerzas y sollozaba:

—Vuelve a ponerle la cabeza. Vuelve a ponerle la cabeza.

De tanto repetirlo sonaba como un extraño y sonoro hipo.

—Se detuvo. Se cayó. Murió –dijo Pip.

Pat alzó a Kezia en sus brazos. Su sombrerito protector del sol se había resbalado hacia atrás, pero ella no le permitía verle la cara. No. Apretó su cara contra un hueso en el hombro de Pat y le rodeó el cuello con sus bracitos.

Los niños dejaron de gritar tan súbitamente como habían empezado. Estaban parados alrededor del pato muerto. Rags ya no le tenía miedo a la cabeza. Se arrodilló y la acarició.

—No creo que esté completamente muerto –dijo–. ¿Será que vuelve a la vida si le doy algo de tomar?

Pero Pip estaba muy enfadado.

—¡Bah! ¡Qué bebé! –dijo. Le silbó a Snooker y se marchó.

Cuando Isabel se le acercó a Lottie, Lottie se separó bruscamente.

—¿Por qué me tocas constantemente Isabel?

—Ya, ya –le decía Pat a Kezia–. ¡Como una niña grande!

Kezia levantó las manos y tocó las orejas del hombre. Sintió algo. Lentamente levantó su rostro estremecido y lo miró. Pat llevaba unos areticos de oro. No sabía que los hombres usaran aretes. Estaba muy sorprendida.

—¿Se ponen y se quitan? –preguntó con voz ronca.

X

Arriba en la casa, en la cálida y ordenada cocina, Alice, la criada, preparaba el té. Estaba «vestida». Llevaba un traje de género negro que olía en los sobacos, un delantal blanco que parecía una gran hoja de papel y un moño de encaje prendido al pelo con dos ganchos color azabache. Se había cambiado las cómodas zapatillas de fieltro por unas de cuero negro que le apretaban horriblemente el callo del dedo pequeño...

En la cocina hacía calor. Un moscardón zumbaba; un abanico de vapor blanquecino salía de la tetera cuya tapa se sacudía agitadamente con el burbujear del agua. El tictac del reloj marcaba el tiempo en el aire cálido, lenta y deliberadamente, como el suave chasquido de las agujas de tejer de una anciana, y de vez en cuando, sin razón ninguna, porque no había brisa, la persiana se mecía hacia atrás y volvía hacia adelante dando un golpecito en la ventana.

Alice estaba preparando sándwiches de berro. Tenía un pedazo de mantequilla sobre la mesa, un pan ovalado y hojas de berros esparcidas en un trapo blanco.

Apoyado en la mantequillera había un librito sucio, grasiento, semidescosido, con las puntas de las páginas levantadas, y mientras esparcía la mantequilla, Alice leía:

Soñar con escarabajos negros que arrastran un ataúd es de mal agüero. Significa la muerte de una persona cercana o de un ser querido, puede ser el padre, el marido, un hermano, un hijo o el prometido. Si los escarabajos caminan hacia atrás cuando se los mira, quiere decir muerte por fuego o por caída de una gran altura como por ejemplo desde lo alto de una escalera, de un andamio, etc.

Arañas. Soñar con arañas que caminan sobre el cuerpo de quien sueña es de buena suerte. Anuncian grandes cantidades de dinero en un futuro próximo. Si la persona está esperando un hijo, puede confiar que el parto será sin complicaciones. Pero en el sexto mes debe evitar comer el posible regalo de mariscos que le ofrecerán.

…*Cuántos miles de pájaros veo…*

¡Ay, Dios mío! ¡Ahí estaba la señorita Beryl! Alice dejó caer el cuchillo y tapó el *Libro de los sueños* con la mantequillera. Pero no tuvo tiempo de esconderlo completamente, porque Beryl entro corriendo a la cocina y en dirección de la mesa, y lo primero con lo que se toparon sus ojos fueron los bordes grasientos del libro. Alice vio la sonrisita maliciosa de la señorita Beryl y la manera cómo arqueó las cejas y entornó los ojos como si se preguntara qué podría ser eso que estaba viendo. Decidió que si la señorita Beryl le preguntaba le respondería: «¡No es asunto suyo, señorita!». Pero estaba segura que la señorita Beryl no le preguntaría.

Alice era realmente una criatura suave, pero tenía un arsenal de réplicas maravillosas para preguntas que estaba segura que nunca le harían. Componerlas y repetírselas una y otra vez le producía el mismo efecto tranquilizador que si las hubiera pronunciado. De hecho, le habían ayudado a sobrevivir en situaciones en las que la habían maltratado tanto que le daba miedo irse a la cama y dejar una caja de fósforos en la silla por temor a arrancarles la cabeza durante el sueño, por así decirlo.

—¡Ah, Alice! –anunció la señorita Beryl–, tenemos uno más para el té; así que haga el favor de recalentar una bandeja de scones de los de ayer. Y saque la torta María Luisa para servir con el café. Y no se olvide, por favor, de poner carpeticas debajo de los platos. Ayer se le olvidaron y la mesa se veía feísima y muy ordinaria. Y otra cosita, Alice, tenga la gentileza de no volver a cubrir la tetera de por la tarde con esa horrible cubretetera rosa y verde. Esa es solo para usar por la mañana. En realidad, me parece que se debería dejar para usar solo en la cocina. Se ve tan destartalada y está bastante olorosa. Ponga la cubretetera japonesa. Entendió ¿verdad?

La señorita Beryl había terminado.

Que cantan ruidosos en todos los árboles...

Cantaba mientras salía de la cocina, muy satisfecha con la forma enérgica que había usado para dar órdenes a Alice.

Alice sentía que iba a estallar. No era de esas que se molestan cuando les piden algo; pero había algo en la forma en la que la señorita Beryl le hablaba que no podía soportar. Realmente no lo aguantaba. Sentía que se fruncía por dentro, por así decirlo, y estaba a punto de ponerse a temblar. Pero la razón por la cual Alice detestaba tanto a Beryl era que la hacía sentir como poca cosa. Beryl le hablaba a Alice con un tono especial, como si Alice no estuviera presente del todo, y jamás se salía de casillas con ella, jamás. Incluso cuando Alice dejaba caer una cosa o si se le olvidaba algo importante, parecía que la señorita Beryl ya se lo esperaba.

—Haga el favor, señora Burnell –decía una Alice imaginaria, mientras untaba mantequilla a los scones–; preferiría no recibir órdenes de la señorita Beryl. Puede ser que no sea más que una mera criada que no sabe tocar la guitarra, pero...

Este último comentario le gustó tanto que incluso se sintió nuevamente de buen humor.

—Lo único que se puede hacer –oyó al abrir la puerta del comedor– es cortarle enteramente las mangas y coserle una amplia banda de terciopelo negro en los hombros...

XI

Aquella noche, cuando Alice lo colocó ante Stanley Burnell, pareciera que el pato blanco nunca hubiera tenido cabeza. Reposaba sobre una fuente azul con la admirable resignación de un animal que había sido asado en su propia salmuera; tenía las patas atadas con una cuerda y estaba rodeado de una corona de pequeñas albóndigas hechas con el relleno.

Resultaba difícil decir cuál de los dos, si Alice o el pato, estaba más asado. ¡Ambos tenían un color intenso y el mismo aspecto reluciente y tenso! Pero Alice estaba roja como el fuego mientras que el pato tenía un color caoba.

Burnell recorrió el filo del cuchillo con la mirada. Se sentía muy orgulloso de su estilo de trinchar, consideraba que hacía un trabajo de primera. Detestaba ver a una mujer trinchando; eran demasiado lentas y no parecía importarles cómo quedaba la carne una vez cortada. A él sí le

importaba, se enorgullecía de que cortaba finas lonchas de res fría y trocitos de cordero de justo grosor y que despresaba un pollo o un pato con absoluta precisión...

—¿Es el primero de nuestros productos? –preguntó, sabiendo a todas luces que lo era.

—Sí, el carnicero no ha venido. Hemos establecido que no pasa sino dos veces por semana.

No hacía falta excusarse. Era un animal excepcional. Ni siquiera era carne lo que iban a comer, sino una especie de exquisita gelatina.

—Mi padre diría –apuntó Burnell– que esta ave debe ser de aquellas a las que su madre le tocaba la flauta alemana en su infancia, y que los dulces sones de ese melódico instrumento habrían actuado sobre su espíritu desde su infancia... ¿Quieres un poco más, Beryl? Tú y yo somos los únicos en esta casa a los que nos importa lo que comemos. Si fuera preciso, estaría dispuesto a declarar ante un tribunal que adoro la buena comida.

El té se sirvió en el salón. Beryl, que por alguna razón había estado muy amable con Stanley desde que llegara a casa, propuso una partida de cribbage. Se sentaron junto a una mesita cerca de una ventana abierta. La señora Fairfield desapareció, y Linda, recostada en una mecedora con los brazos levantados por encima de la cabeza, se balanceaba rítmicamente.

—No necesitas esta luz, ¿verdad, Linda? –preguntó Beryl.

Y cambió el sitio de la lámpara de pie para quedar sentada bajo su suave luz.

Se veían tan remotos esos dos desde el sitio en el que Linda estaba sentada y se mecía. La mesa verde, las cartas relucientes, las manos grandes de Stanley, las pequeñitas de Beryl, todo ello parecía formar parte de un mismo movimiento misterioso. Stanley, alto y sólido, en su traje oscuro, estaba relajado, y Beryl sacudía su brillante cabellera y fruncía el ceño. Llevaba un lazo de terciopelo negro que no le conocían atado al cuello. De alguna manera, la hacía ver distinta en cierto modo, pero aun así se veía encantadora, concluyó Linda. La habitación olía a lirios; en la chimenea, había dos grandes jarrones con cartuchos.

—Quince dos, quince cuatro y una par son seis y una escalera de tres son nueve –dijo Stanley con tanta precisión como si hubiera estado contando ovejas.

—Yo no tengo sino dos pares –dijo Beryl, exagerando su decepción pues sabía que a él le fascinaba ganar.

Las clavijas del tablero parecían dos personitas que subían juntas por el camino, daban la vuelta por la curva cerrada y bajaban nuevamente. Se perseguían. Ninguna quería necesariamente pasar a la otra sino mantenerse lo suficientemente cerca como para poder conversar; mantenerse cerca, tal vez eso era todo lo que querían.

Pero siempre había una que se impacientaba y se adelantaba cuando la otra se le acercaba, y se negaba a escucharle. Tal vez la clavija blanca le tenía miedo a la roja o tal vez era cruel y no quería darle a la roja la oportunidad de hablarle...

Beryl llevaba un ramito de pensamientos en la parte frontal del vestido, y en un momento en el que las clavijitas estaban a la misma altura, se inclinó y los pensamientos se cayeron y las cubrieron.

—¡Qué lástima! –dijo, levantando los pensamientos–. Justo cuando ya iban a poder abrazarse.

—¡Hasta la vista, querida! –dijo Stanley riendo. Y la clavija roja se adelantó.

El salón era largo y estrecho con puertas de vidrio que daban a la veranda. El papel de colgadura era de color crema con un estampado de rosas doradas, y los muebles, que habían pertenecido a la anciana señora Fairfield, eran oscuros y ordinarios. Contra la pared había un pequeño piano con una seda amarilla plisada que llegaba hasta el tablero labrado. Encima colgaba una pintura al óleo hecha por Beryl de un grueso manojo de clemátides con aire de sorpresa. Cada flor tenía el tamaño de un pequeño plato y en el centro tenía una especie de ojo asustado con bordes negros. Pero la habitación todavía no estaba lista. Stanley soñaba con un sofá Chesterfield y dos sillones cómodos. A Linda le gustaba más así, tal como estaba...

Dos grandes mariposas nocturnas entraron volando por la ventana y daban vueltas y vueltas bajo el halo de luz de la lámpara.

—¡Escapen, antes de que sea demasiado tarde! ¡Escapen de aquí!

Daban vueltas y más vueltas; parecía que traían el silencio y el claro de luna sobre sus alas mudas...

—Tengo dos reyes –dijo Stanley–. ¿Cómo vas?

—Bastante bien –dijo Beryl.

Linda dejó de mecerse y se puso de pie. Stanley le dirigió la mirada.

—¿Pasa algo, querida?

—No, nada. Voy a buscar a mamá.

Salió del salón y llamó desde la parte baja de la escalera, pero la voz de su madre le contestó desde la veranda.

La luna que Lottie y Kezia habían visto desde el coche de la mudanza estaba llena y la casa, el jardín, la anciana y Linda, todo resplandecía bajo su brillo.

—Estaba mirando la sábila –dijo la señora Fairfield–. Me parece que va a florecer este año. Mira allá arriba. ¿Son retoños o solo un efecto de la luz?

Estaban paradas en los peldaños cuando el alto montículo de césped sobre el que reposaba la sábila se alzó como una ola; la sábila parecía navegar encima como un barco con los remos levantados. El brillante claro de luna bañaba los remos como si fuera agua y en la ola verde centelleaba el rocío.

—¿También tú lo sientes? –preguntó Linda.

Le hablaba a su madre con esa voz especial con la que se hablan las mujeres de noche, como si hablaran dormidas o desde el fondo de una caverna.

—¿No sientes que viene hacia nosotras?

Soñó que la sacaban del agua fría y la subían al barco con los remos levantados y el mástil con retoños en la punta. Ahora los remos se movían y golpeaban rápido, rápido. Se alejaban remando sobre las copas de los árboles del jardín, sobre los prados cercados y los oscuros matorrales, más allá. Y oía su propia voz diciéndoles a los remeros «¡Más rápido, más rápido!».

Este sueño parecía mucho más real que tener que volver a la casa en la que dormían las niñas y Stanley y Beryl jugaban al cribbage.

—Creo que son retoños –dijo Linda–. Vamos al jardín, mamá. Me gusta esa sábila. Me gusta más que cualquier otra cosa en este lugar. Estoy segura de que la recordaré mucho tiempo después de que se me hayan olvidado todas las demás.

Apoyó su mano en el brazo de su madre y bajaron los peldaños, dieron la vuelta al islote y siguieron por la avenida principal que conducía hacia el portal de la entrada.

Vista desde abajo, se notaban las largas espinas puntiagudas que bordeaban las hojas de la sábila, y al verlas, su corazón se endureció... Le gustaban mucho esas largas espinas puntiagudas... Nadie se atrevería a acercarse al barco, ni a seguirlo.

—Ni siquiera mi perro labrador –pensaba ella–, a quien tanto quiero durante el día.

Porque lo quería de verdad. Lo amaba, lo admiraba y lo respetaba enormemente. Ay, más que a nadie en el mundo. Lo conocía a fondo. Era un modelo de lealtad y decencia, y a pesar de toda su experiencia práctica, seguía siendo sencillo, se contentaba con poco y se ofendía con poco...

Si tan solo no le saltara encima de esa manera, si no ladrara tan fuerte, si no la mirara con esos ojos tan ávidos, tan enamorados. Era demasiado fuerte para ella. Desde que era niña, detestaba las cosas que se le abalanzaban. Había momentos en que le daba miedo, verdaderamente le daba miedo. Justo en ese punto en el que no le gritaba con todas sus fuerzas: «¡Me vas a matar!». En esos momentos, sentía ganas de decir las cosas más bruscas, más odiosas...

—Ya sabes que soy muy frágil. Sabes perfectamente que tengo un problema de corazón y el médico ya te dijo que me puedo morir en cualquier momento. He parido tres enormes paquetes de bebés...

Sí, sí, era verdad. Linda retiró bruscamente su mano del brazo de su madre. Con todo el amor y la admiración y el respeto que sentía, lo odiaba. Después de esos momentos se ponía siempre de cariñoso, tan sumiso y obsequioso. Haría lo que fuera por ella; quería atenderla... Linda se oía diciendo con voz débil:

—Stanley, ¿podrías encender una vela?

Oía también su voz alegre contestarle: «Claro que sí, mi querida». Y saltaba de la cama, como si fuese a saltar sobre la luna para darle gusto.

Nunca había visto esto con tanta claridad como en ese momento. Eso era lo que sentía por él, estos eran sus sentimientos, precisos y claros, tan verdaderos los unos como los otros. Y también ese otro, ese odio, tan real como los demás. Habría podido perfectamente empacar cada uno de esos sentimientos en otros tantos paquetitos y dárselos a Stanley. Tenía unas ganas locas de entregarle el último, como sorpresa. Podía imaginarse sus ojos cuando lo abriera...

Apretó contra sí los brazos que tenía cruzados, y se puso a reír calladamente. ¡Qué absurda era la vida, risible, sencillamente risible! ¿Por qué esa manía suya de seguir viviendo? Porque en realidad era una manía, pensaba ella, sarcástica y risueña.

—¿Por qué me cuido con tanto esmero? Seguiré teniendo bebés y Stanley seguirá ganando dinero y las niñas y el jardín seguirán creciendo y

creciendo y podré escoger entre flotillas de sábilas.

Linda había estado caminando con la cabeza baja, sin mirar nada. Ahora levantó los ojos y recorrió el entorno con la mirada. Se habían detenido ante las camelias rojas y blancas. Las hojas densas y oscuras se veían hermosas bajo la luz, al igual que las flores redondas posadas entre ellas como pájaros rojos y blancos. Linda arrancó una brizna de verbena, la arrugó y le tendió las manos a su madre.

—Delicioso –dijo la anciana–. ¿Tienes frío, hija mía? ¿Estás temblando? Sí, tienes las manos frías. Mejor nos regresamos a la casa.

—¿En qué estabas pensando? –dijo Linda–. ¡Cuéntame!

—¡En nada particular. Me preguntaba al pasar al lado del huerto qué tal estarían los árboles frutales y si podríamos hacer muchas confituras este otoño. En los sembrados de hortalizas, hay unos magníficos arbustos de grosella, y muy sanos. Me fijé hoy en ellos. Me gustaría tanto ver esas repisas de la despensa bien aperadas con nuestras propias confituras.

XII

Mi querida Nan:

No vayas a pensar que te he abandonado por no haberte escrito antes. No he tenido ni un solo instante, querida, y me siento aún tan agotada, que apenas si puedo sostener la pluma.

¡Pues bien! Ya sucedió lo que más temíamos. Hemos dejado el vertiginoso torbellino de la ciudad y no veo la menor posibilidad de que volvamos jamás, pues mi cuñado compró esta hacienda a puerta cerrada, con edificios, tierras y servidumbres, como dice él.

De alguna manera, por supuesto, es un inmenso alivio, pues desde que vivo con ellos nos amenazaba con que quería mudarse al campo, y debo confesar que la casa y el jardín son encantadores; un millón de veces mejores que esa espantosa covacha en la ciudad.

¡Pero estoy enterrada, querida! «Enterrada» no es la palabra.

Tenemos vecinos, pero no son más que granjeros, muchachones enormes que parece que se pasan el día entero ordeñando vacas; y hay dos espantosas mujeres con dientes de conejo que nos trajeron scones el día de la mudanza y dijeron que les encantaría ayudarnos. Mi hermana, que vive en las nubes, no conoce ni a un alma en este lugar; de modo que no creo que vayamos a conocer nunca a nadie. Es casi seguro que nadie

vendrá de la ciudad a visitarnos, pues, a pesar de que hay un bus, es una cosa vieja y destartalada, tapizada de cuero negro en los lados, y cualquier persona respetable preferiría morir antes que viajar diez kilómetros montada en eso.

Así es la vida... Es un triste fin para la pobrecita B. De aquí a un año o dos me veré desaliñada e iré a visitarte vestida con un impermeable y un sombrero de marinero amarrado con uno de esos velos de seda china blanca con los que se cubren cuando viajan en automotor. ¡Bonito espectáculo!

Stanley dice que ahora que estamos instalados –porque, después de la más terrible semana de mi vida, realmente lo estamos–, va a invitar a algunos hombres de su club para que vengan a jugar al tenis los sábados por la tarde. De hecho, dos están anunciados para hoy como si fuera una gran cosa. Pero, querida, ¡si vieras a esos hombres del club de Stanley! Más bien regorditos, de esos que se ven terriblemente indecentes sin chaleco, y siempre con los dedos de los pies un poco encogidos, lo cual se nota enseguida cuando uno anda por la cancha con zapatos blancos. A cada rato se suben los pantalones y blanden las raquetas contra objetos imaginarios.

Yo jugaba con ellos, en el club, el verano pasado, y estoy segura de que reconocerás el tipo de gente que son con solo decirte que, después de haber ido allí tres veces, me llamaban todos «señorita Beryl». Es un mundo deprimente. Por supuesto, a mamá le encanta este sitio. Pero me imagino que cuando tenga su edad me sentiré satisfecha de quedarme sentada al sol descascarando arvejas en un tazón. Pero por ahora, no, no y no.

Como de costumbre, no tengo la menor idea de lo que piensa Linda al respecto. Misteriosa como siempre...

Querida, seguramente recuerdas mi vestido de raso blanco; le corté las mangas enteramente, le puse dos bandas de terciopelo negro en los hombros y dos grandes amapolas rojas que quité del sombrero de mi querida hermana. Un gran éxito, pero no tengo la menor idea cuándo podré lucirlo,

Beryl escribía esta carta sentada ante una mesita en su habitación. En cierto sentido, todo lo que decía era la pura verdad, pero, en otro sentido, no

eran más que tonterías y ella misma no creía ni una palabra. No, eso tampoco era cierto. Sentía todo eso, pero no era realmente como lo sentía.

Era su otro yo quien había escrito esta carta. A su yo verdadero no solo le aburría, sino que le repugnaba.

«Frívola y tonta», decía su yo verdadero. Y sin embargo sabía que la enviaría y que siempre le escribiría ese tipo de sandeces a Nan Pym. De hecho, este era un ejemplo moderado del tipo de carta que solía escribir.

Beryl apoyó los codos sobre la mesa y releyó la carta. La voz parecía emanar del papel. Ya sonaba distante, como una voz que se oye por teléfono, alta, efusiva, con algo amargo en el tono. ¡Cómo la detestaba hoy!

—¡Tienes siempre tanto ánimo! –decía Nan Pym–. Por eso los hombres se enloquecen por ti. –Y había añadido, con cierta tristeza, pues los hombres no se enloquecían mucho por Nan, que era una muchacha sólida, de fuertes caderas y piel colorada:

—No comprendo cómo consigues estar siempre así. Pero supongo que está en tu naturaleza.

¡Qué basura! ¡Qué estupidez! No era para nada su naturaleza. ¡Dios mío! Si alguna vez se hubiese mostrado realmente como era ante Nan Pym, Nannie habría saltado por la ventana de la sorpresa. «Querida, seguramente recuerdas mi vestido de raso blanco...». Beryl cerró bruscamente el estuche con el material de escritura.

Se levantó de un salto y un poco inconscientemente, un poco conscientemente, se dirigió hacia el espejo.

Allí vio a una muchacha, delgada, vestida de blanco, con falda de sarga blanca y blusa de seda blanca, con el fino talle ceñido por un cinturón de cuero.

Su cara tenía forma de corazón, ancha a la altura de las cejas y puntuda en la barbilla, pero no demasiado. Sus ojos eran, sin duda, su mejor rasgo: de un color extraño, poco corriente, azul verdoso con diminutos punticos dorados.

Tenía hermosas cejas negras y largas pestañas, tan largas que, cuando reposaban en su mejilla, se veía claramente cómo se reflejaba en ellas la luz, según se lo dijo alguien alguna vez.

Su boca era un poco grande. ¿Demasiado grande? No, en realidad, no. El labio inferior sobresalía ligeramente y ella tenía una manera de sorbérselo que a alguna otra persona le había parecido tremendamente seductora.

La nariz era la característica menos satisfactoria. No es que fuese realmente fea, pero no era ni remotamente tan bien formada como la de Linda. Linda tenía una naricita perfecta. La suya se extendía un poco, no demasiado, y probablemente ella exageraba esta dimensión, porque se trataba de su propia nariz, y era tan crítica de su apariencia. La apretó entre el pulgar y el índice e hizo una ligera mueca.

El pelo era tan, tan lindo. ¡Una gran melena! Tenía el color de las hojas recién caídas, castaño y rojizo, con un brillo dorado. Cuando se hacía una larga trenza, la sentía en la espalda como una gruesa serpiente. Le gustaba sentir ese peso que le echaba la cabeza hacia atrás, y le gustaba tenerlo suelto, cubriendo sus brazos desnudos. «Sí, querida, no cabe duda, eres muy linda».

A esas palabras, se le hinchó el pecho; inhaló fuertemente del puro placer que sentía y entrecerró los ojos.

Pero mientras se miraba, la sonrisa se desvaneció de sus labios y de sus ojos. ¡Ay, Dios mío! Otra vez estaba jugando el mismo juego. Falsa, tan falsa como siempre. Falsa como cuando le escribió a Nan Pym. Falsa incluso cuando estaba sola consigo misma, como ahora.

¿Qué relación había entre esa criatura en el espejo y ella y por qué la miraba fijamente? Se dejó caer junto a la cama y hundió la cabeza en los brazos.

—¡Ay! –gritó–. ¡Soy tan infeliz, tan terriblemente infeliz! Sé que soy tonta, rencorosa y vanidosa. Siempre estoy representando un papel. Nunca soy realmente yo misma. –Y vio claramente a su falso yo subir y bajar las escaleras, reír con una risa cantarina si llegaban visitas; pararse bajo la lámpara si venía a cenar un hombre, para que pudiese admirar la luz en su pelo; hacer muecas, hacerse la niña chiquita cuando se le pedía que tocara la guitarra. ¿Por qué? Lo hacía incluso delante de Stanley. Apenas anoche, mientras él leía su periódico, su yo falso se había detenido al lado de él y se había apoyado en su hombro a propósito ¿No había posado su mano sobre la de él, indicándole algo, para que él pudiese advertir cuán blanca era la de Beryl al lado de la suya, tan morena?

¡Despreciable! ¡Cuán despreciable! Su corazón estaba frío de rabia. «Es impresionante cómo logras mantener la farsa», le decía a su falso yo. Pero esto era únicamente porque se sentía tan, pero tan desdichada. Si estuviera dichosa y viviendo su propia vida, su falsedad dejaría de existir. Veía a la verdadera Beryl, una sombra..., una sombra. Brillaba tenuemente y sin

sustancia. ¿Qué tenía de real, aparte de este fulgor? ¿Eran pocos los momentos en que realmente era ella misma. Beryl casi podía recordar cada uno de ellos. En esos momentos había pensado: «La vida es rica, misteriosa y buena, y yo también soy rica, misteriosa y buena». ¿Seré alguna vez esa Beryl para siempre? ¿Lo seré? ¿Y cómo podré serlo? ¿Hubo alguna vez una época en la que no existiera un falso yo. Pero justo cuando había llegado a este punto oyó resonar pequeños pasos que corrían por el pasillo; el picaporte se movió. Kezia entró.

—Tía Beryl, mamá dice que por favor bajes. Papá llegó a casa con un señor y el almuerzo está listo.

¡Qué molesto! ¡Cómo había arrugado su falda, arrodillándose tan estúpidamente!

—¡Muy bien, Kezia!

Se dirigió al tocador y se espolvoreó la nariz.

Kezia también se acercó, destapó un tarrito de crema y lo olió. Debajo del brazo llevaba un gato calicó muy sucio.

Cuando tía Beryl salió corriendo de la habitación, Kezia sentó el gato sobre el tocador y le puso la tapa del tarro de crema sobre la oreja.

—Mira cómo te ves –dijo con tono severo.

El gato calicó se impresionó tanto al verse, que se cayó hacia atrás y dando tumbos terminó en el suelo. La tapa voló por el aire y rodó como una moneda en un círculo del linóleo, pero no se rompió.

Sin embargo, para Kezia, se había roto desde el momento en que salió a volar por los aires; la recogió, toda acalorada, y la volvió a poner encima del tocador.

Después huyó de puntillas, demasiado de prisa y con aire despreocupado.

***

La casa de muñecas

Katherine Mansfield





CUANDO LA BUENA SRA. HAY REGRESÓ a la ciudad después de su estadía con los Burnell, envió a las niñas una casa de muñecas. Era tan grande que el transportador y Pat la tuvieron que llevar al patio y ahí se quedó, encaramada en dos cajas de madera al lado de la puerta de la despensa del establo. No le iba a pasar nada; era verano. Y para cuando la entraran a la casa tal vez ya se habría pasado ese olor a pintura. Porque, realmente, el olor a pintura que emanaba la casa de muñecas («La dulce y buena señora Hay, la más dulce y generosa, por supuesto»)... ese olor a pintura, según la tía Beryl, bastaba para enfermar a cualquiera. Incluso antes de que le quitaran los costales en los que venía empacada. Y cuando se los quitaron...

Ahí estaba la casa de muñecas, en un verde espinaca, oscuro y aceitoso, salpicado de amarillo brillante. Las dos pequeñas y sólidas chimeneas, pegadas al techo, estaban pintadas de rojo y blanco y la puerta, luminosa en barniz amarillo, parecía un trocito de caramelo. Las cuatro ventanas, auténticas ventanas, estaban divididas en paneles trazados con toscos brochazos verdes. E incluso había un diminuto porche, también pintado de amarillo, con grandes grumos de pintura coagulada escurriéndose por el borde.

¡Pero qué casita más perfecta! ¡Perfecta! ¿A quién podría molestarle el olor? Era parte de la alegría, de la novedad.

—¡Abrámosla! ¡Ya mismo! ¿Quién me ayuda?

El gancho al costado estaba atascado. Pat lo levantó con su navaja y todo el frente de la casa se abrió y, como por arte de magia, se podían ver al mismo tiempo el salón y el comedor, la cocina y dos dormitorios. ¡Qué manera de abrirse esa casa! ¿Por qué no se abren así todas las casas? ¡Cuánto más emocionante que tener que mirar a través de una ranura en la puerta hacia un pequeño y mezquino vestíbulo con un perchero y dos paraguas! Eso es, ¿no? Eso es lo que uno quiere saber de una casa en cuanto levanta la mano hacia el aldabón. Tal vez esta es la manera en que Dios abre casas en plena noche cuando hace una ronda silenciosa con un ángel...

—¡Oh, oh! –Las niñas Burnell emitían sonidos como si estuvieran desesperadas. Era demasiado maravilloso; era demasiado para ellas. Nunca en la vida habían visto algo semejante. Todas las habitaciones estaban

decoradas. Había cuadros en las paredes, pintados sobre el papel de colgadura, completicos con marcos dorados. Todos los pisos estaban cubiertos con alfombras rojas salvo la cocina; había sillas de felpa roja en el salón y verde en el comedor; había mesas, camas con tendidos de verdad, una cuna, una estufa, un aparador con platos diminutos y una jarra grande. Pero lo que más le gustaba a Kezia, lo que le encantaba intensamente, era la lámpara. Estaba en el centro de la mesa del comedor, una primorosa lámpara de color ámbar con un globo blanco. Incluso estaba llena y lista para ser encendida, aun cuando, naturalmente, no podía encenderse. Pero había algo en el interior que parecía aceite y que se movía al agitarla.

Los muñecos papá y mamá, tendidos en el salón, tiesos, como si se hubieran desmayado, y sus hijitos, dormidos en el segundo piso, eran demasiado grandes para la casa de muñecas. No parecían pertenecer a ella. En cambio la lámpara era perfecta. Parecía estar sonriéndole a Kezia, parecía estar diciéndole «Yo vivo aquí». La lámpara era real.

Las niñas Burnell se apuraron como nunca para llegar al colegio a la mañana siguiente. Se morían por contarle a todo el mundo, por describirla, por jactarse, como quien dice, de su casa de muñecas antes de que sonara la campana.

—Yo soy la que cuenta –dijo Isabel– porque soy la mayor. Ustedes pueden hablar después. Pero yo soy la primera en contar.

No había nada que responder. Isabel era dominante, pero siempre tenía la razón, y Lottie y Kezia sabían de sobra cuáles eran los poderes que le correspondían por el hecho de ser la mayor. Pasaron rozando el prado cubierto de botones de oro al borde del camino y no dijeron nada.

—Y yo decido quién puede venir a verla primero. Mamá dijo que podía.

Pues se había decidido que mientras la casa de muñecas estuviera en el patio podían invitar a las niñas del colegio, de dos en dos, a verla. No podrían quedarse a tomar el té, por supuesto, ni tampoco podrían deambular por la casa. Podrían nada más quedarse quieticas en el patio mientras Isabel les señalaba las bellezas y Lottie y Kezia miraban complacidas...

Pero por mucho que se apuraron, para cuando llegaron a las empalizadas alquitranadas del patio de juegos de los varones, ya había comenzado a sonar la campana. Apenas tuvieron tiempo para quitarse de un manotazo los sombreros y ponerse en la fila antes de que comenzaran a tomar asistencia. No importaba. Isabel trató de compensar adoptando un gesto de importancia y misterio y cubriéndose la boca con la mano para susurrar a las niñas que

se encontraban cerca de ella «Tengo algo importante que contarte durante el recreo».

Llegó la hora del recreo y a Isabel la rodearon montones de niñas. Las de su clase prácticamente se peleaban por pasarle el brazo, caminar con ella, sonreír aduladoramente, ser su amiga especial. Atendía a una corte bastante numerosa bajo los enormes pinos a un costado del patio de recreo. Echándose codazos y riéndose juntas, las niñas se apretujaban a su alrededor. Las dos únicas que se quedaron por fuera del círculo eran las dos que siempre estaban fuera, las pequeñas Kelvey. Sabían de sobra que era mejor no acercarse por nada del mundo a las Burnell.

Porque, de hecho, el colegio al que asistían las niñas Burnell no era el tipo de institución que sus padres habrían escogido si es que hubieran tenido alguna opción. Pero no la tenían. Era el único colegio que había en muchos kilómetros a la redonda. Y en consecuencia todos los niños del vecindario, las pequeñas niñas del juez, las hijas del médico, las del tendero, las del lechero, estaban obligadas a entremezclarse. Eso por no mencionar que también había un número equivalente de niños maleducados y patanes. Pero en algún punto había que trazar el límite. Y se trazaba precisamente en las Kelvey. Muchos niños, incluidas las Burnell, ni siquiera tenían permiso para hablarles. Pasaban por delante de las Kelvey con la cabeza en alto, y como las Burnell eran las que establecían las normas de conducta, a las Kelvey las despreciaban todos. Incluso la profesora usaba una voz distinta con ellas y tenía una sonrisa especial para todos los demás niños cuando Lil Kelvey se acercaba a su escritorio con un ramo de flores espantosamente ordinarias.

Eran las hijas de una menuda lavandera, muy enégica y trabajadora, que iba de casa en casa por el día. Eso ya era de por sí bastante grave. Pero, además, ¿dónde estaba el Señor Kelvey? Nadie lo sabía con certeza. Todos decían que estaba en la cárcel. De modo que eran las hijas de una lavandera y un presidiario. ¡Muy linda compañía para los hijos de los demás! Y tenían todo el aspecto. Era difícil entender por qué la señora Kelvey permitía que se notara tanto. El hecho es que iban vestidas con los «retazos» que le regalaban las personas para las cuales trabajaba. Por ejemplo Lil, que era una niña fornida y vulgar, con enormes pecas, venía al colegio con un vestido hecho con la tela de un mantel de sarga verde de los Burnell, con mangas de felpa roja de las cortinas de los Logan. El sombrero, en lo alto de su amplia frente, era el sombrero de una mujer mayor y había pertenecido

alguna vez a Miss Lecky, la señora que atendía la oficina de correos. Estaba volteado en la parte posterior y adornado con una enorme pluma escarlata. ¡Qué pinta! Era imposible no reírse. Y su hermanita menor, nuestra Else, llevaba un vestido blanco largo, que parecía una bata de dormir, y un par de botas negras de niño. Pero con cualquier cosa que se pusiera nuestra Else se iba a ver rara. Era una niña pequeña y huesuda, con el pelo recogido y unos enormes ojos solemnes, como una lechucita blanca. Nadie la había visto nunca sonreír; casi nunca hablaba. Se pasaba la vida amarrada a Lil, aferrada a un pedazo de la falda de Lil apretado en una mano. A dondequiera que fuera Lil, nuestra Else la seguía. En el patio de recreo, en el camino hacia y desde el colegio, ahí iba Lil caminando adelante y nuestra Else aferrada a ella detrás. Solo cuando quería algo, o cuando se quedaba sin aliento, nuestra Else le daba un tirón, una pequeña sacudida, y Lil se detenía y se daba vuelta. Las Kelvey siempre lograban entenderse.

Ahora rondaban por donde estaban las demás; era imposible impedirles que escucharan. Cuando las niñitas se daban vuelta y las desdeñaban, Lil, como siempre, producía una sonrisa tonta y avergonzada, pero Else solo miraba.

Y la voz de Isabel, henchida de orgullo, seguía contando. La alfombra causó una gran sensación, al igual que las camas con tendidos de verdad y la estufa con una puerta para el horno.

Cuando hubo terminado, intervino Kezia:

—Se te olvidó la lámpara, Isabel.

—Ay, sí –dijo Isabel–, y hay una lámpara diminuta, toda hecha de vidrio amarillo, con un globo blanco sobre la mesa del comedor. No se diferencia en lo más mínimo de una verdadera.

—La lámpara es lo mejor de todo –dijo Kezia. Le parecía que Isabel no le estaba dando suficiente importancia a la lamparita. Pero nadie le estaba prestando atención. Isabel estaba escogiendo a las dos que habrían de regresarse con ellas esa tarde para verla. Eligió a Emmie Cole y a Lena Logan. Pero cuando las otras se enteraron de que todas tendrían una oportunidad, se desvivieron por congraciarse con Isabel. Una por una, pasaron su brazo por la cintura de Isabel y se alejaron con ella. Tenían algo que decirle al oído, un secreto: «Isabel es mi amiga».

Solo las pequeñas Kelvey se retiraron olvidadas de las demás; no les quedaba nada más por escuchar.

Pasaron los días, y a medida que más niñas visitaban la casa de muñecas, se extendía su fama. Se convirtió en el único tema, en la moda. La pregunta de rigor era: «¿Ya viste la casa de muñecas de las Burnell?». «¿No es preciosa?». «¿No la has visto? ¡Ay, si te contara!».

Incluso la hora de la merienda se sacrificaba para hablar de eso. Las niñas se sentaban debajo de los pinos a comer sus gruesos sándwiches de carne de ovejo y enormes tajadas de pan de maíz untadas de mantequilla. Como siempre, las Kelvey se sentaban lo más cerca que se les permitiera, nuestra Else aferrada a Lil, escuchando también, mientras comían sus sándwiches de jalea que sacaban de un envoltorio de papel periódico humedecido con grandes manchas rojas.

—Mamá –dijo Kezia–, ¿será que puedo invitar a las Kelvey aunque sea solo una vez?

—Por supuesto que no, Kezia.

—¿Por qué no?

—No molestes, Kezia; sabes muy bien por qué no.

Finalmente, todos la habían visto excepto ellas. Ese día el tema cobró más realce. Era la hora de la merienda. Las niñas estaban ubicadas bajo los pinos y de pronto, mientras miraban a las Kelvey comiendo de su envoltorio de papel periódico, siempre solas, siempre escuchando, decidieron ser odiosas con ellas. Emmie Cole empezó el rumor.

—Lil Kelvey va a ser sirvienta cuando sea grande.

—¡Oh, oh, qué horror! –dijo Isabel Burnell, y le hizo ojitos a Emmie.

Emmie pasó saliva de una manera significativa y asintió mirando a Isabel como había visto hacer a su madre en esas ocasiones.

—Es verdad, es verdad, es verdad –dijo.

Entonces los pequeños ojos de Lena Logan centellearon: «¿Se lo pregunto?», susurró.

—A que no eres capaz –dijo Jessie May.

—Bah, a mí no me da miedo –dijo Lena. De pronto dio un pequeño chillido y ejecutó una pequeña danza delante de las otras chicas:

—¡Miren! ¡Mírenme! ¡Mírenme ahora! –dijo Lena. Y resbalando, deslizándose, arrastrando un pie, ocultando una risita detrás de la mano, Lena se acercó a las Kelvey.

Lil levantó los ojos de su merienda. Envolvió rápidamente lo que le quedaba. Nuestra Else dejó de masticar. ¿Qué iba a suceder ahora?

—¿Es verdad que vas a ser una sirvienta cuando crezcas, Lil Kelvey? –chilló Lena.

Un silencio sepulcral. Pero, en lugar de contestar, Lil sólo produjo esa sonrisa tonta y avergonzada. La pregunta no pareció importarle en absoluto. ¡Qué fracaso para Lena! Las chicas empezaron a reírse burlonamente.

Lena no podía permitir esa humillación. Se puso las manos en las caderas; se lanzó hacia adelante:

—¡Y además su padre está preso! –siseó malévolamente.

Era tan maravilloso haberles dicho esto que todas las niñitas se alejaron corriendo en bandada, muy, muy excitadas, locas de alegría. Alguien encontró una soga larga, y empezaron a saltar. Y nunca saltaron tan alto, ni corrieron tan velozmente de un lado a otro, ni hicieron cosas tan atrevidas como esa mañana.

Por la tarde, Pat vino en el coche a buscar a las niñas Burnell para llevarlas de regreso a casa. Había visitas. Isabel y Lottie, a quienes les gustaban las visitas, subieron a cambiarse los delantales. Pero Kezia se escabulló por la parte trasera. No había nadie; comenzó a mecerse en los grandes portones blancos de la entrada. De pronto, mirando hacia el camino, vio dos pequeños puntos. Se agrandaron; venían hacia ella. Ahora podía ver que uno iba adelante y otro lo seguía atrás. Ahora podía ver que eran las Kelvey. Kezia dejó de mecerse. Se bajó del portón suavemente, como si fuera a salir corriendo. Luego vaciló. Las Kelvey se acercaron mientras a su lado caminaban sus largas sombras, extendiéndose a lo ancho del camino con las cabezas sumergidas entre los botones de oro que crecían en el prado. Kezia volvió a subirse al portón; había tomado una decisión; se meció hacia afuera.

—Hola –dijo a las Kelvey cuando pasaban por delante suyo.

Quedaron tan sorprendidas que se detuvieron. Lil sonrió tontamente. Nuestra Else tenía la mirada fija.

—Pueden entrar a ver nuestra casa de muñecas, si quieren –dijo Kezia, y arrastró un dedo del pie por el suelo. Pero Lil se sonrojó y sacudió rápidamente la cabeza.

—¿Por qué no? –preguntó Kezia.

Lil contuvo el aliento, y después dijo:

—Tu mamá le dijo a la nuestra que no debías hablarnos.

—Ah, bueno –dijo Kezia. No sabía qué contestar–. No importa. De todas maneras, pueden venir a ver nuestra casa de muñecas. Vamos. Nadie está

mirando.
Pero Lil sacudió la cabeza más fuertemente aún.
—¿No quieres verla? –preguntó Kezia.
De pronto hubo un tirón, una sacudida en la falda de Lil. Se dio vuelta. Nuestra Else la miraba con grandes, implorantes ojos; tenía el ceño fruncido de angustia; quería ir. Por un instante, Lil miró a nuestra Else dubitativamente. Pero entonces nuestra Else volvió a tironear de la falda. Caminó hacia adelante. Kezia indicó el camino. Como dos gatitos callejeros, cruzaron el patio hacia donde estaba la casa de muñecas.
—Ahí está –dijo Kezia.
Hubo una pausa. Lil respiraba pesadamente, resoplando casi; nuestra Else estaba quieta como una piedra.
—La abriré para que la vean –dijo Kezia amablemente. Levantó el gancho y vieron el interior.
—Esa es la sala y ése el comedor, y ésta es...
—¡Kezia!
¡Qué salto dieron!
—¡Kezia!
Era la voz de la tía Beryl. Se dieron vuelta. En la puerta estaba la tía Beryl, atónita, como si no pudiese creer lo que veía.
—¡Cómo te atreves a invitar a las pequeñas Kelvey al patio! –dijo su fría voz enfurecida–. Sabes tan bien como yo que tienes prohibido hablarles. Váyanse, chicas, váyanse inmediatamente. Y no vuelvan –dijo la tía Beryl. Y avanzó hacia el patio y las espantó como si fuesen gallinas.
—¡Váyanse inmediatamente! –gritó, fría y orgullosa.
No hacía falta que se lo repitiera. Ardiendo de vergüenza, encogiéndose, Lil doblada como su madre, y nuestra Else aturdida, cruzaron como pudieron el enorme patio y se escurrieron por el blanco portón.
—¡Niña mala, desobediente! –dijo la tía Beryl a Kezia amargamente, y cerró de un golpe la casa de muñecas.
Había sido una tarde horrible. Le había llegado una carta de Willie Brent, una carta aterradora, amenazante, en la que le decía que si no se encontraba con él esa tarde en Pulman Bush vendría hasta la puerta de la casa para preguntarle por qué. Pero, ahora que había asustado a esas dos ratitas Kelvey y que había regañado a Kezia, se sentía más tranquila. Había desaparecido la horrible sensación de opresión. Se regresó a la casa tarareando.

Cuando las Kelvey llegaron a un punto lo suficientemente lejos de los Burnell como para no ser vistas, se sentaron a descansar en un gran tubo de desagüe rojo a un lado del camino. Las mejillas de Lil ardían aún; se quitó el sombrero con la pluma y lo puso sobre su rodilla. Ensoñadoramente, miraron por encima de los cercos de heno, más allá del arroyo, hacia las zarzas donde las vacas de Logan esperaban ser ordeñadas. ¿En qué estarían pensando?

De pronto nuestra Else se apretujó junto a su hermana. Ya se había olvidado de la señora enojada. Estiró un dedo y rozó la pluma del sombrero de su hermana; sonrió con su extraña sonrisa.

—Vi la lamparita –dijo suavemente.

Y las dos quedaron otra vez en silencio.



Katherine Mansfield, ca. 1907.